

CASI LO NOMBRE

DELFINA CAREAGA



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Doctora en Ciencias de la Educación
YOLANDA EUGENIA BALLESTEROS SENTÍES
Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
MARTHA PATRICIA ZARZA DELGADO
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias del Agua
FRANCISCO ZEPEDA MONDRAGÓN
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctora en Humanidades
MARÍA DE LAS MERCEDES PORTILLA LUJA
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias de la Educación
MARCO AURELIO CIENFUEGOS TERRÓN
Secretario de Rectoría

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
ERÉNDIRA FIERRO MORENO
Secretaria de Administración

Doctor en Educación
OCTAVIO CRISÓFORO BERNAL RAMOS
Secretario de Finanzas

Doctor en Ciencias Computacionales
JOSÉ RAYMUNDO MARCIAL ROMERO
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
LUZ MARÍA CONSUELO JAIMES LEGORRETA
Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales
LUIS RAÚL ORTIZ RAMÍREZ
Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
GINARELY VALENCIA ALCÁNTARA
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación
SANDRA CHÁVEZ MARÍN
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

CASI LO NOMBRO

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Delfina Careaga

CASI LO NOMBRE



Universidad Autónoma
del Estado de México

“2021, Celebración de los 65 años de la Universidad Autónoma del Estado de México”

Primera edición, septiembre 2021

Casi lo nombro

Delfina Careaga

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-366-2

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Alma Alcántara González
y Lucina Ayala López

Formación: Antonia Aguilar Araujo

Diseño de portada: Martha Eugenia Díaz Cuenca



INTRODUCCIÓN

Este segundo libro de mis relatos lo escribí sin proponérmelo, sin programarlo; me había hecho a la idea de narrar un cuento diario en Facebook, pero inesperadamente empecé a contar sucesos de mi infancia que parece gustaron a los lectores. Y así, con una aventura diaria terminé por formar ese librito que intitué *Casi lo nombro*, refiriéndome a lo insuficiente que me resulta la palabra incluso para expresar una evocación falsaria. Porque el recuerdo que recuerdo ya no es lo que en aquel momento experimenté. Y ni siquiera así, con la verdad a medias, me alcanzan los términos adecuados para describir y expresar lo que realmente deseo, eso intangible, justamente aquello que movió la esfera de mi corazón. Por ello quiero ser sincera, y advertir que ésta no es más que la cariñosa invitación para estar juntos —ustedes y yo— esperando conseguir algunas sonrisas que les endulcen la lectura.

Después de dicha aclaración, la que escribe estas andanzas se sentirá satisfecha si la verdad inalcanzable por las palabras, “casi nombra”, casi roza el espíritu de quien las vivió.

Gracias.

*Contar es muy, pero muy difícil. No
tanto por los años que pasaron,
como por la astucia que tienen ciertas cosas pasadas,
de sacudirse, de moverse entre dos lugares.
¿Lo que dije es exacto?
Sí, ¿pero lo habría sido? Ahora pienso
que no es exacto.
Son tantas horas de personas, tantas cosas
en tiempos distintos, menudos y entremezclados...*

JOÃO GIMARÃES ROSA

1

No me gustaba la escuela. En realidad nunca me gustó. En el kínder sufrí la ausencia de mi casa. En primaria empecé a divertirme un poco. Segundo año fue benévolo conmigo: mi maestra me quería. Tercer año fue el trágico: empezó con la inocua burla de una niña y como una ametralladora se siguieron las bromas ofensivas una tras otra hasta culminar con las de la profesora. ¿Por qué? Hasta ahora jamás lo supe. Inercia, no sé. Mi angustia llegó a tal grado que poco a poco se me iba la respiración, como si estuviera enferma de asma o algo así. Ya casi al terminar el año, por fin en mi casa tomaron en serio

la situación. Una tía habló con la maestra quien también se asustó con las consecuencias de su comportamiento y el de su clase. ¡Santo remedio! En el último mes que estuve en tercer año de primaria, fui algo así como la niña intocable: cariños, primer lugar, medallas, regalitos... Cuarto, quinto y sexto, ya no sufrí para nada aunque nunca disfruté las clases. Cursando el cuarto año de primaria empecé a leer como obsesa. Los libros eran la alfombra mágica que me elevaban hasta ver pequeñito pequeñito a este mundo.

Me gustaba estudiar el piano. En el colegio siempre pasé los exámenes con un 7 y si acaso un 8. Invariablemente fui una estudiante mediocre. Durante los tres años de comercio me dio por decir discursos a la hora del recreo. Quién sabe de dónde inventaba los temas. Cada vez tuve más y más auditorio. Inmediatamente al terminar esos tres años de comercio, me casé (a los 16 años).

Y todo viene a cuento porque acabo de escuchar en YouTube el único concierto de violín de Beethoven con una orquesta alemana. Y la memoria volvió a invadirme al acordarme cuánto escuché ese disco desde los 11 hasta los 13 años de edad. Casi todos los días. Oía los tres movimientos y al terminar aplaudía como si estuviera en el teatro. Algunas veces lloraba, como hace ratito. La última ocasión en que lo oí a los 13 años, al terminar no aplaudí, cogí el disco y con lágrimas en los ojos en silencio lo rompí.

2

Y de repente, mis añoranzas me llevan a la casa de la calle de Covarrubias número 70, en la colonia San Rafael, donde nací. Tenía abajo tres habitaciones para la consulta de mi abuelo el médico frente a corredores, que también había en la planta de arriba, con macetas y variados cantos de pájaros enjaulados. Un comedor que a mí siempre me pareció la catedral de Puebla que es la que conocía. Una cocina enorme, las escaleras blancas y arriba nueve recámaras y un solo baño muy muy grande, como se usaba en ese entonces. La sala daba a la calle, en la planta baja; tenía tres balcones con rejas de fierro forjado, dos tapetes verdes ya desgastados, un piano de cola entera, negro brillante e inevitablemente presuntuoso; varias familias de sofás con sus sillones; mesitas, lámparas, daguerrotipos colgados de las paredes mostrando oscuramente casas y abuelos siempre asombrados de ver a sus propios descendientes tan distintos y desconocidos. Todo ello olía a ollas de barro y al arroz de todos los días, guisándose.

Vivíamos tres familias. Mis abuelos, mi Tialí y yo, una; más la de cada uno de los tres hijos de mis abuelos. Mi papá,

el cuarto hijo, viudo, agente viajero, llegaba cada seis meses a vernos y se estaba con nosotros ocho días. Los habitantes regulares de la casa éramos quince.

Alfredo era el primo mayor, el único nieto de mis abuelos que no nació en Covarrubias. Él vino al mundo en una casa que nunca conocí, en la calle de Revillagigedo en donde mis abuelos, tan fiesteros, hicieron un teatro en la azotea, con escenarios y concha para la orquesta y todo. Ponían zarzuelas. Los amigos se convertían en actores y la pasaban muy bien. De esas puestas en escena salieron más de 20 matrimonios.

Ya sin teatro en Covarrubias, después de Alfredo, seguí yo y luego cuatro primas-hermanas. Jugaba con ellas. Alfredo (quien murió recientemente ya muy anciano) tenía poco trato con nosotras. Yo no volví a verlo. La última vez fue en un encuentro rápido, casi silencioso, casi tierno, hace como cuarenta años. Siempre lo quise con un cariño triste, como si yo adivinara nuestro destino de ausencia, pero él no lo supo jamás... No supo jamás que yo lo quería.

De mis juegos ya he hablado en otras ocasiones. Teresa María, a quien llamábamos Teté, ocupaba sin protestas el papel de la hermana que yo no tuve. La unidad de la familia se afianzaba gracias a la fuerte presencia de mis dos abuelos: Ernesto y Elisa. Las costumbres y los personajes de la película *Azahares para tu boda*, dirigida por Julián Soler, es la representación que más se asemeja a lo que yo viví en mi casa... Me acuerdo de los comentarios exaltados de mis tíos y de mi abuelo cuando hablaban de la guerra que en esos años azotaba a parte del mundo. Mi abuela, es decir, Mamálichita o Mamanita, continuaba fiel a don Porfirio. Mi abuelo, no; él se peleaba con los conservadores a puñetazo limpio. Era

libre pensador. No obstante, respetaba los hábitos religiosos de todos los demás, como no impedir que en la Noche Buena todos (hasta yo chiquita) nos fuéramos a la iglesia a oír, justo a las 12 de la noche, la tradicional misa de gallo. No lo prohibía, sólo movía la cabeza sonriendo suavemente.

3

Mis mejores aventuras infantiles las realicé con mi prima Teté. Pocas veces jugábamos con juegos establecidos. Entre ella y yo inventábamos historias que convertíamos en entretenimientos donde participaban las otras tres primas que completaban el grupo de las “pequeñas de la casa”. Ellas eran Susana, Lichita y Carmela. Soldaditos obedientes a las disposiciones de las dictadoras Teté y yo, Fifi, la mayor (siempre, invariablemente, me nombraron así porque a mi mamá así le dijeron). Nuestro repertorio de juegos se agrandaba dentro de los días de vacaciones: el juego de la reina, el de ver la casa al revés, el de las niñas invisibles, el de disfrazarnos y pensar que “los grandes” no nos reconocerían; el juego de planear cómo huir y la mejor fecha y hora para realizar la escapatoria; se jugaba sentadas y la diversión eran las discusiones. También los pleitos con la única persona con que me he peleado, con mi prima Teté; sin embargo, no podíamos estar separadas. Cuando las tres familias dejaron de vivir juntas y cada una se fue a su propia casita, yo sufrí mucho. Extrañaba a la prima, a esa especie de socia de mi

imaginación. Entonces me refugiaba en la lectura, en la música, en el estudio del piano.

Un día, desesperada por no dedicarme a aquellos juegos tan bonitos porque a mi alrededor ya no había ni hermanos ni primos ni nadie de mi edad, inventé que me dolía la parte derecha del vientre (alguna vez vi a una persona que se retorció de dolor de apendicitis, y me fijé mucho en toda su actitud sufriente). Mi abuelo era médico. Cuando quiso tocarme en el sitio que me “dolía”, no lo dejé dando de gritos. Sí, dijo, es apendicitis. Pero para estar seguro llamó a otro doctor amigo. Mientras yo me revolcaba en la cama dando aullidos verdaderamente convincentes, el nuevo médico dictaminó que había que operarme inmediatamente a riesgo de caer en una peritonitis y morir. En ese momento dejé de aullar. ¡¿Operarme?!... Yo no había tomado en cuenta esa posibilidad. Para ese momento ya la casa estaba llena de parientes muy afligidos. Mi mamá Lichita tenía una cara de Virgen de los Dolores, mis tíos cuchicheaban inquietos. Pensé que no podía decir la verdad. Entonces declaré que ya se me estaban pasando los dolores. Que dejaran de angustiarse. Pero a los médicos no les importó y siguieron arreglando las cosas para llevarme al hospital. Tuve miedo y empecé a llorar a pesar de que me explicaron que no sentiría nada, pues me iban a anestesiarse y cuando despertara de la anestesia, ya estaría buena y sana. No hubo argumento que yo expusiera que los sacara de su decisión. Vino la ambulancia, entré al hospital, me anestesiaron y me operaron. Desperté en una habitación con paredes color rosa. Los pocos parientes que había en ella sonreían muy satisfechos. Ahora sí, ya estás buena, dijeron muy contentos. Yo, muy aturdida, intuí que ya

no eran oportunos ni los aullidos ni las muestras de dolor. Empecé a sonreír tímidamente. En eso llegó el cirujano con una botellita en donde se veía algo extraño y repugnante: ¡Miren!, dijo orgulloso alzando el frasco, aquí está el apéndice de esta muchachita a punto de estallar. La salvamos porque la pudimos operar a tiempo. Todos le dieron las gracias.

El asombro me ha durado hasta la fecha. ¿Qué pasó? ¿Cómo iba a estar enferma si todo lo inventé? Es uno de los grandes misterios con los que he vivido. Me acuerdo que me llevaron a mi casa, me acostaron y me llenaron de atenciones. Y yo, ya tranquila, me pasé el resto de las vacaciones cómodamente leyendo sin parar.

¡No puedo creerlo!... Acaba de ser lunes y hoy me dicen que es sábado. ¿Por qué tanta prisa? Es como si el tiempo, que camina “a su tiempo”, de pronto se da cuenta de que los viejos se están retrasando en llegar a la meta final; y con toda su energía corre comiéndose los días, las semanas, los años para que no lo regañe esa muerte intransigente y lo acuse de lento como cualquier anciano.

Hoy, cuando me senté ante esta pantalla en blanco de la computadora, tan hipocritona, una memoria fuerte me sacudió como un huracán. Recordé aquel perrito pekinés mal llamado “el Togo”, nombre japonés y no chino como le hubiera correspondido.

El Togo fue querido y mimado por la familia más o menos en sus primeros seis meses de edad. Luego, todos lo olvidamos, excepto Papáuelito. Ahora, confieso que en realidad nunca conocí bien a mi abuelo. Era callado y si hablaba era para hacer un chiste. Pero de él nunca decía nada. No se sabía si le dolía algo, si se sentía tan fuerte como un muchacho, si tenía algún miedo oculto, si quería morir o si deseaba irse

de parranda. Se metía en su consultorio todo el día a leer, a estudiar, excepto a la hora de las comidas, y el perro nunca, ni un segundo, dejó de seguirlo, haciéndose viejo e invisible para todos los demás. No me acuerdo de un momento otorgado a su atención. Su comida, hecha por mi abuela, se la daba personalmente Papábuelito. El perro se acomodaba en donde no fuera molesto dentro del mismo consultorio y mi abuelo daba consulta con el animalito enrollado, silencioso, con lo más íntegro de su humildad en la demostración del cariño que sentía por mi abuelo. Me acuerdo de la indiferencia total de toda la familia a ese pequeño ser que dormía sobre unos trapos junto a la orilla de la cama que ocupaba mi abuelo. Mamálichita, que era una mujer limpia, hacía el sacrificio de bañar al perro cada quince días y no volvía a tocarlo. Todos ocupados en sus quehaceres sólo nos dábamos cuenta de su existencia cuando se cruzaba en nuestro camino y le gritábamos enojados, asustándolo.

Era domingo cuando se celebraron los quince años de una prima: Susanita, la segunda hermana de Teté (ahora ya difunta). Fuimos todos a la misa, los religiosos y los ateos, es decir, Papábuelito y yo. Misa preliminar a la fiesta que, más tarde, se haría en un salón elegante. Cuando regresamos a la casa, mi abuelo, por primera vez, declaró sentirse mal. Se recostó en su gran cama de latón y no quiso comer. Algunos de nosotros nos sentamos a su derredor. De pronto, él, casi sin aliento, nos comunicó que iba a morir y que nos pedía, si no era mucha molestia, que no hiciéramos ningún escándalo y que siguiéramos viendo la televisión. Mi Tialí, su hija mayor, le preguntó llorando si llamaba a un sacerdote. Mi abuelo, con sus ojos negros aún brillando, le dijo que esa clase de personas

no entraban a su casa. Después cerró los párpados y murió. Por supuesto que la fiesta de esa noche preparada para Susi se convirtió en velorio dentro de esos centros sociales especializados para ello, como era (o es) Gayosso. Al regresar en la madrugada, sobre los trapos junto a la cama de los abuelos, yacía el Togo, enrollado, silencioso, muerto, con lo más íntegro de su humildad.

Y fue cuando todos lo vimos, cuando todos sentimos el ardor del remordimiento de haberle negado una existencia; la admiración por haber amado tanto y esa extraña fidelidad de la que carecemos los humanos.

Yo nací acariciada, mimada, por ser una huérfana (es posible que inocente en aquel momento). Se me atendió en todo y hasta descubrieron la leche en polvo que bien substituyó a la materna. Me criaron gorda y parece ser que muy risueña. Era evidente que el haber nacido de un cuerpo muerto (mi madre murió de un derrame cerebral antes de expulsarme de su vientre), me valía eso: “pura madre”, como se dice vulgarmente. Las fotografías de entonces me muestran con abundante pelo oscuro y rizado. Ahora que me veo en ellas creo parecerme a mi tío Joaquín Pardavé.

Fui una niña buena y querendona. Muy traviesa. Muy necesitada de limpiar mi corazón agobiado por la palabra “pobrecita” que amigos y familiares, recordando mi nacimiento, me arrojaban por cualquier motivo. Mi abuela paterna se encargó de mí. Ella quería que los otros miembros de esta curiosa familia supieran, sin duda alguna, cuánta paciencia y amor tuvo para criar a una recién nacida a su edad; “volver a empezar”, solía repetir. Y así se lo concedimos todos. Nadie tuvo duda sobre ello: era una santa.

Yo nunca pude creer en nada de lo que me enseñaban en mi casa. ¿Rezar?, pero ¿a quién, si no veo a nadie?, por favor no sean tontos. ¿Sentirlo?, ¿a quién?, yo no siento nada. Seguro, me dije en cuanto pude hacerlo, esta gente está bien loca. Poco a poco fui explicándome su necesidad de mentir. ¡Ah!, ahora lo entendía, todo era mentira, aunque una mentira bien seria, protocolaria, instituida, profundamente solemne, que se venía repitiendo a través del tiempo. Una necesidad común para que algo sobrehumano los protegiera, pero no natural, porque se ha constatado que a individuos encontrados sin que los manche la mínima cultura, carecen de esa urgencia. Bueno, pues les seguí la corriente. Yo también mentía. Tenía dos clases de mentira: una falsa y otra verdadera. Esta última era maravillosa, era mi única verdad, en donde no entraba todo aquello que los demás afirmaban como cierto: la escuela, la iglesia, diosito, lo malo, lo bueno, lo peor, los rezos, los rostros, las actitudes debidas, etc., porque lo cierto para ellos, resultaba para mí ser la mentira falsa. Y así crecí, con muchos anhelos, muchos sueños misteriosos y volátiles que se llevaban mis sonrisas más auténticas.

Discúlpenme compañeros, pero ya me cansé. Mi perrito Salustio me insiste en ir ya a dormir. Pero si les gusta, continuaré hablándoles de las aventuras de este personaje —yo misma—, el cual, en el fondo, puede llegar a ser entretenido, aunque siempre me ha caído mal. ¡Abur! (A propósito, novelón extraordinario, de terror, policíaco, histórico como el que más, de extremada importancia, el que a cada minuto estamos viviendo. Yo sí veo las noticias).

6

Bueno, ¿quieren que les cuente algo de mi abuela, o sea de mi Mamá o Mamanita?, nombre que empezó con otro: Mamane, ya no me acuerdo si fui yo o Teté y sus hermanas (las Moreno, o las morenazas) las que se lo pusieron. Total, hablo de mi abuela paterna de la que creo que por ella escribo. Era una gran narradora aunque no escribiera con palabras sus relatos, pero sabía contar de tal manera que atrapaba de inmediato a quien la escuchaba. Y esa claridad, ese ritmo al hablar era música que envolvía placentemente. Incluso me sirvió para tocar el piano, ya que con la palabra fraseaba como se frasea en la música. Yo le pedía que me contara cualquier anécdota y me decía: Pero si ya te la he contado mil veces. Pues no importa, vuélvemela a contar. Fue una notable virtud que no tuvo ni Papábuelito ni la Tialí. Yo creo que Mamanita lo heredó de su mamá o de algún Soriano (ella se llamaba Elisa Soriano de Careaga), porque a veces, cuando el tío Manuel, su hermano, iba a cenar con nosotros, también entretenía mucho platicando sus cosas, aunque no resultaba tan agradable por su voz ronca y débil. También poseía esa cualidad mi tía

Güerita, María Luisa (hija de mi tío Manuel), quien escribía cartas extraordinariamente bien redactadas. Sí, ese arte venía por parte de los “aristogáticos” Soriano. Yo me los imaginaba como la representación de los Estados Unidos; y nosotros, los sometidos Careaga, como los mexicanos. Todo lo que decían los Soriano (había Sorianos del norte y Sorianos del sur; es decir, unos vivían por la Villa de Guadalupe y otros en la colonia del Valle), era la biblia misma y todos obedecíamos de inmediato. Sin embargo, mis primos y yo supimos, años después, que Soriano no era su apellido original porque lo cierto fue que se apellidaban Montes de Oca, pero un antepasado muy antiguo se lo cambió al ser recogido por un cura de ese nombre y se quitó el Montes de Oca poniéndose Soriano en agradecimiento a su benefactor.

Bueno, por mi lado también quién sabe cómo se apellidaría mi madre, porque el “Becerra” fue impuesto a mi bisabuelo que era judío, y al hacerse cristiano en España le pusieron apellido de animal como se lo ponían a todos los judíos conversos. Me lo dijeron cuando fui a Jerez de la Frontera, en Andalucía, el pueblo original de Antonio, mi abuelo materno y me llevaron al panteón donde, en la tumba de su padre, hay una enorme estrella judía, sólo que sin una arista. Mis primos españoles me contaron la historia. Yo de todos modos les sigo echando *cacayacas* a los judas. Bien me lo decía Sabina Berman: No te enojas con nosotros, porque tú tienes sensibilidad judía. Yo tocaba madera. Me enoja esa parte de la raza hebrea, la poderosa, la dueña del mundo, la que ha hecho un dineral con “su” (también se apropiaron de la palabra) holocausto; aunque hay otra parte que sí acepto, como a Modigliani, y a los

judíos pobres y geniales; aunque por si las dudas, mejor les sigo echando *cacayacas* a todos.

De Mamanita recuerdo caminar con ella por las calles de Pugibet, por las de Victoria, por la calle de Artículo 123 donde estaba la *XEW* y también donde, en una fondita chiquita y muy limpia, comíamos por primera vez el yogurt que se ponía de moda; un yogurt espeso, muy agrio, en tazones que parecían pequeñas bacinicas de porcelana. Yo le ponía una cucharada de azúcar casi a cada probada. Muy sabroso pero totalmente distinto al que conocemos ahora. Esa misma calle era el camino que nos conducía al mercado de San Juan donde comprábamos el arbolito de Navidad. En una ocasión, ya anocheciendo, nos encontramos en el camino a un antiguo amigo de la familia, un tal don Manuelito Quién Sabe Qué. Vivía solo: flaco, alto, viejísimo, de costumbres y bigote porfirianos; siempre iba con una bolsa de yute en las manos para la compra de sus alimentos. De frente, sonriendo, nos detuvo para saludarnos. Íbamos Mamanita, mi tía Julia, mi Tialí, mi tío Tito, Lichita, hermana de Alfredo, Teté y yo. Los grandes platicaron, luego nos despedimos y nos fuimos. Qué raro que hoy don Manuelito no nos haya dado la mano al despedirse, reflexionó Mamane, y nadie respondió. Por la noche fue a cenar a la casa mi tío Manuel, vestido de luto. ¿Por qué vienes todo de negro?, le preguntó Mamanita. Es que a las cuatro de la tarde fui al entierro de don Manuelito Quién Sabe Qué... el mismo con quien siete personas habíamos hablado ese día a las siete de la noche. Esa es una de las cosas fuera de toda explicación que nos pasó en aquellos días.

Viví absorbiendo las palabras y sus eufemismos. Por ejemplo, una de las muchachas que ayudaba en el aseo mencionó en una ocasión —ignoro por qué— la palabra caca. De inmediato relacioné su significado. Apenas empezaba a hablar. Cuando todos estábamos sentados ante la larga mesa del comedor y yo en mi sillita, dispuestos a empezar a comer, se me ocurrió decir “caca” y mis parientes, escandalizados, dejaron caer las cucharas. Mi mamá se volvió hacia mí con una sonrisa macabra: No, la niña no quiso decir eso, ella quiere decir “leca”, ¿verdad, mi amor? La miré seriamente: no, “caca”, repetí. “Leca”, hicieron coro algunos de los grandes. “CACA”, grité ya muy ofendida. Bueno, terminé llorando insistiendo en mi posición. “Caca”, suplicando que me creyeran, es decir, que me respetaran, pero no lo logré. De pronto y tajantemente, Mamanita dio por terminada la discusión y me metió la cuchara llena de sopa en la boca. Se acabó. Cuando mis primas y yo tuvimos unos añitos más, nos enseñaron a sustituir la maloliente y horrorosa palabra “caca” por el eufemismo “cue” o “cueto”; con decirles que

hasta la fecha, a veces, vuelvo a utilizarla. ¡Las aberraciones de la burguesía!...

Creo que ya les he contado que mi familia se movía a base de ritos, hoy diríamos slogans: actos repetidos que correspondían a determinadas situaciones. Por ejemplo: tocaban a la puerta de la casa y mi Tialí, estuviera lo que estuviera haciendo o no haciendo nada, decía in-va-ria-ble-men-te: ¿Quién será?, ¿quién será, cielo santo?, yo me muero de curiosidad, pero no se movía y continuaba con la tarea que estaba haciendo. Otra: Papábuelito, cuando estaba muy contento (siempre en víspera de que hiciéramos un viaje), decía, de pronto: ¡Zancas de gallo copetón, Espiridión Salazar!, ¿qué quería decir?, quién sabe (me parece que era dicho por un actor en la zarzuela *La Verbena de la Paloma*, pero ya no me acuerdo bien). Sin embargo, no era necesario entender la dichosa frase, porque sentíamos que él estaba radiante esperando la hora de salir al paseo. Por otra parte, Mamanita, cada vez que suspiraba, se le oía decir lo mismo: ¡Ay, qué triste es el amor, pero más triste es acostarse sin cenar! Yo me acostumbré a escucharlos ya sin asombro ni sonrisas irónicas. Era, simplemente, una forma de ser entre otras cosas que al repetirse se hacían una especie de tradición totalmente *sui géneris*.

8

Los domingos íbamos (casi la familia completa: 12 personas entre grandes y chicos) al Teatro Hidalgo ubicado en las calles de Donceles. Cuando mis primas y yo éramos unas niñas, el edificio del teatro ya era viejo. Las funciones solamente se daban los domingos, de 4 de la tarde a 12 de la noche. Es decir, en ese lapso se presentaban dos zarzuelas y una opereta. La compañía era de Carmen Delgado y se componía de una docena de tiples, ya tirando a la tercera edad, con gruesos brazos y muslos llenos de celulitis, pintadas las cabelleras de un color amarillo-congo y cantando con voces destempladas. Los personajes centrales eran casi siempre artistas invitados, viejos teatreros sin trabajo estable. Allí vimos todas las zarzuelas que nos llegaban de España: *La Verbena de la Paloma*, *Gigantes y cabezudos*, *Los molinos de viento*, entre otras. Y a lo que respecta a las operetas, vimos *La viuda alegre*, *El encanto de un vals*, *Marina*, *El anillo de hierro* y todas las demás.

Nuestros asientos eran en luneta, siempre los mismos, domingo a domingo. La acomodadora (uniformes verdes) tampoco cambió, era ya como de la familia.

Con gran algarabía nos subíamos en “Lázaro”, un forcito de los años treinta, diez años inutilizado hasta que un buen día mi tío Tito, hermano de mi papá, se arrojó valientemente a la heroica tarea de componerlo. Y Lázaro volvió a caminar. En él íbamos las 12 personas al teatro. Los niños encima de los grandes y los grandes encima de los viejos. Mi tío Tito manejaba; antes de llegar al teatro se detenía en una dulcería que había en la misma calle, donde mi Tialí compraba bolsitas de chocolate con grageas para cada uno de nosotros. La tienda pertenecía a una familia china: todos eran iguales. Ya bien armados con los dulces entrábamos al Hidalgo.

Cuando se cerró este teatro, la familia compraba boletos para el Lírico, teatro de revista. Ahí conocí a Jesús Martínez, “Palillo”, a Avelina Landín, cancionera que interpretaba a Agustín Lara, a Toña la Negra, ¡a María Conesa, “la Gatita Blanca” todavía bailando y cantando cerca de sus setenta años de edad!, y a muchísimos actores jóvenes que luego los veíamos en el cine. Y Lázaro, discreto y contento de volver a rodar por la vida, nos regresaba a la casa sin ofenderse por estar todos dormidos. Al llegar, Mamanita nos despertaba mientras mi abuelo pronunciaba su dicho inalterable para esa ocasión: Esto se ha acabado, rau, rau, rau. Y nos despabilábamos de inmediato. Papábuelito se quitaba el saco y se recostaba; todos los demás se preparaban para dormir en sus respectivas habitaciones; mientras mi abuela y mi Tialí calentaban (¡a esas horas!) un bocadillo para “merendar”. Teté y yo, de ocho años, nos quitábamos los vestidos y los fondos, nos quedábamos con nuestras camisetas blancas y nuestros calzoncitos para ponernos encima de ellos unas capitas antiguas muy caladas, tejidas a gancho por mi abuela, que amarrábamos a nuestras

cinturas. Entonces nos convertíamos: ella en Amparito Arozamena y yo en Tita Merello, antiquísimas actrices; Tita era una argentina que cantaba tangos, y un *Cambalache* como jamás volví a oírsele a nadie. Nos poníamos a bailar alrededor de Papábuelito acostado que se carcajeaba al ver nuestras contorsiones —“arrebataadoramente” sexys— de esos dos cuerpecitos tan flacos y lisos como dos alegres culebras.

Y así terminaban nuestros domingos.

En una ocasión, hace poco, ya habiendo cumplido ambas los ochenta años de edad, cuando Teté y yo empezamos a comunicarnos de nuevo en el Facebook, a mí se me ocurrió firmar con el nombre de Tita Merello; y cuál va siendo mi sorpresa que casi brinco de alegría al ver que mi prima firmaba ¡Amparito Arozamena!

No, no fui como otros niños; yo tenía costumbres diferentes, otra cotidianidad dentro de la clase social a la que pertenecía mi familia, hábitos que resultaban peculiares incluso para mis amiguitas de la escuela.

La vida en ese México de entonces era tranquila; la “clase media” tenía un sitio en aquella mi ciudad de los años cuarenta. Para ese entonces ya sumábamos más de un millón 700 mil personas las que habitábamos en el todavía Distrito Federal. Chapultepec era el “jardín” de los que no teníamos uno propio en espléndidas mansiones, como los grandes jardines que adornan la colonia de Las Lomas, donde muchos ricachones gozaban de los beneficios de la Revolución. Empezaban a edificarse grandes monumentos y conjuntos habitacionales, así como la ampliación de avenidas que actualmente son de las más importantes en la ciudad. Veíamos un cine que nos reflejaba como sociedad, magníficamente interpretado con íconos que siguen viviendo en nuestras nostalgias; y no sólo los ricos asistían con frecuencia a espectáculos en nuestro espléndido Palacio de Bellas Artes.

Un día dejamos la casa de Covarrubias. Yo tenía seis años. También ella se alejaba de nuestras necesidades; ya comenzaba a debilitarse como cansada de seguir albergando a todos, y así, las familias, casi sin sentirlo, se iban dividiendo: la hija mayor de mis abuelos, la soltera, la Tialí, se quedó con sus padres y conmigo, rentando un departamento en una antigua privada en la calle de Balderas, frente a la Ciudadela. El segundo hijo, Tito, con su esposa Julia y sus hijos Alfredo y Lichita, se fueron a una casita en San Pedro de los Pinos, que mi Tialí compró con la venta de la de Covarrubias. El tercer hijo fue mi papá que no vivía en México. Y la cuarta, mi tía Tere y mi tío Agustín, padres de Teté, Susana y Carmela, construyeron una modesta casita en la colonia Industrial, al norte de la ciudad. Pero seguíamos comiendo juntos los domingos, para después, juntos ir al teatro. Los viajes de mis abuelos y sus hijos al extranjero habían terminado. Sólo continuaban dentro de la República. Mi abuelo enfermó de ataxia: los nervios de las piernas se le murieron y al caminar no sentía el suelo, por eso le era indispensable el bastón y un brazo donde apoyarse. Ya sólo daba consulta en la casa donde iba bien poca clientela, generalmente pobre, a la cual terminaba por no cobrarle. Deificado por el Togo, más bien se dedicaba a estudiar y apuntar todo lo nuevo que saliera en su ramo, la medicina. Asimismo, leía mucha filosofía, la mayoría de sus libros estaban escritos en francés, el idioma de moda, ya que Francia fungía como el imperio reinante en esos días. Y, finalmente, la que nos mantenía a los cuatro era mi Tialí, taquimecanógrafa, una de las fundadoras de la Dirección Nacional de Caminos, perteneciente a la llamada Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.

Mi papá, al aceptar su trabajo de agente viajero, le prometió a su padre (a Papábuelito) mandarle una mensualidad para mi manutención. Pero no era puntual, y bueno, naturalmente, mi abuelo se enojaba mucho por su irresponsabilidad. Me acuerdo que un día, en la mañanita, dentro del despacho de mi abuelo, éste le reclamaba a mi papá que no le había enviado la cantidad estipulada para mí. Yo, de cuatro o cinco años, entré en ese momento. La discusión se había calentado. También entraron mi tía Julia y Mamanita: ¿Qué pasa? ¿Por qué esos gritos?, preguntó ella. Mi abuelo les explicó de qué se trataba, añadiendo que no era justo que su hija Licha (Tialí) cargara con el peso completo de los gastos de la casa. Mi mamá trató de aplacar los ánimos, pero mi papá, muy gallito respondió a Papábuelito: Pues si quieres, yo me llevo a mi hija que adoro; no requiero de tu ayuda. Mamane pareció desmayarse: No, Luis, hijo, por favor, recapacita, suplicó, ¿qué vas a hacer con una niña tan chiquita? Y así se arrebataban la palabra unos a otros. Mis ojos paseaban por los rostros furiosos y expectantes. De pronto mi papá se volvió hacia mí, y cargándome en sus brazos me dijo: Firuca, dile a alguien que te haga una maleta; ¡te vas conmigo!... Me quedé en suspenso con los ojos muy abiertos. En ese instante mi Tía Julia se acercó a mi papá y escuché que le dijo con voz baja, pero muy dura: Luis, no seas tonto, la niña va a estorbarte. Como por magia la cara paterna cambió de expresión y mirando sumiso a mi abuelo le dijo que le acababan de entregar de su trabajo un cheque por viáticos, que si mi abuelo quería podía dárselo de inmediato. Sin mirarme siquiera me bajó al suelo. También el rostro de Papábuelito se relajó y le dijo que así, respetando su compromiso, nunca habría problema. Mamanita volvió a

respirar, se secó las lágrimas; mi Tía Julia asintió sonriendo, y tomando del brazo a mi papá dijo alegremente: Bueno, ni una palabra más, vámonos al comedor que el desayuno se enfría. Y ya sin enojo salieron del consultorio... menos yo, que me quedé sola y pasmada. Se habían olvidado de mí.

10

Ya viviendo en Balderas 126 departamento 8, empecé la primaria en la única escuela en donde hice tres años de kínder, seis de primaria y tres de comercio. Mi abuela me inscribió ahí porque en ese entonces los horarios de los colegios eran en la mañana y en la tarde, pero en ésta, fundada por un docente inglés, sólo se asistía por las mañanas; además de lo más importante: era únicamente para niñas. También me inscribió para que el camión de la escuela pasara por mí y me regresara a la casa. Eso sí fue un martirio, porque a pesar de que Balderas no quedaba lejos de Sadi Carnot donde se hallaba la escuela, yo era la primera a quien recogían en las mañanas y la última que regresaban a mediodía. Así es que un viaje corto se alargaba para mí, entre idas y venidas, a cuatro horas diarias. Sin ninguna vanidad, advertía vagamente que no me costaba hacer amistades. En general, les caía bien a todas.

La privada de Balderas constaba de 15 casitas de dos pisos, con puertas y balcones (en la parte superior) de madera pintados alegremente de rojo. Los departamentos (así los llamábamos) se dividían en dos filas: según se entraba,

a la izquierda los números pares; a la derecha, los nones. En medio, fragmentando el patio largo, adornaban unas enormes palmeras plantadas en pequeñísimos jardines bardeados con tela de alambre.

El departamento consistía en lo acostumbrado: abajo, la escalera, la sala-comedor, cocina, azotehuela y cuarto con su baño para la servidumbre. En lugar de sala, mi abuelo puso ahí su consultorio y alzó una pared aparente separándolo del comedor. Los techos eran inalcanzables. Se fundía un foco y nos quedábamos a oscuras hasta que alguien se arriesgara a poner uno nuevo. Por ello, la escalera también era interminable. Debajo de ella era la selva: cucarachas y alacranes, aparte de unos bichos raros como abortos de arañas, vivían muy contentos debajo de la escalera, ya acostumbrados a esconderse cuando todos los días se hacía limpieza, después salían a pasear libremente por todo aquel espacio oscuro. No nos molestaban para nada y nosotros ni siquiera nos fijábamos en ellos.

Inmediatamente subiendo había un pasillo en donde había tres recámaras: en una de ellas Mamanita puso la sala. El gigantesco piano de cola prácticamente ahogaba el espacio. En otra, dormíamos mi Tialí y yo. Ella en su cama matrimonial y yo en una camita preciosa de latón frente a la ventana que daba a la azotehuela y a una barda blanca donde se asomaba el hermoso árbol de la casa vecina. En el tercer dormitorio, la camota, también de latón, de mis abuelos; un enorme ropero seccionado en tres partes con lunas venecianas, y una cómoda con su plancha de mármol, donde Mamane puso una de las primeras televisiones que hubo en México. Al otro extremo del pasillo, frente a la sala, estaba el

baño con su tina de patas de león donde, los miércoles en la tarde y los sábados en la mañana, Mamanita me bañó hasta los ocho años.

Y allí empecé una vida diferente porque descubrí el cosmos luminoso encerrado en los libros; y también allí empecé a convivir con el hada maravillosa de la música al estudiar piano. Así, pues, otra nueva Fifi aparecía ante el ser siempre desconocido que escribe estas líneas.

11

Hoy, si me permiten, me gustaría hablarles de uno de mis primeros romances. No el primero porque yo ya tenía ocho años de edad.

En Balderas también viví muchas aventuras. Era una privada coqueta. Casi siempre, durante las vacaciones de la escuela, lograba que Teté las pasara conmigo. Anda, tío (Agustín), suplicaba, déjala dormir. ¡Por supuesto!, replicaba él, si no la dejara se enfermaría. Sí, pero quiero decir que la dejes dormir en mi casa, no en la suya. Pues... no sé. Mejor pregúntale a su mamá. Tía Tere, ¿sí dejas a Teté dormir?... Los ruegos de siempre. Mientras mi prima esperaba la respuesta sin decir ni pío y con la cabeza gacha, hipocritona no la alzaba para nada. Y tú ¿por qué no me ayudas a convencer a tus papás?, le decía después yo bien enojada. ¡Mira tú!, pues porque luego me nalguean. Bueno, el caso es que seguro a mis tíos les gustaba vernos sufrir porque después de torturarnos siempre permitieron que estuviéramos juntas... para confabular travesuras.

En Balderas, todas las casas eran iguales, excepto la última, la número 16, que cerraba el patio largo. Ésa era de

una planta y con jardín. Vivía allí una señora bien elegante, aún joven y guapa que se llamaba la señora Chuy, con dos hijos: Beto y Pepe. Nunca supe por qué, pero no tenía marido. Yo me enamoré del mayor, de Beto, que tenía 18 años, y, como les digo, yo acababa de cumplir ocho. El joven andaba en bicicleta y cuando Mamanita estaba atareada con los quehaceres de la casa, Beto tocaba el claxon de la bici y yo, corriendo, salía y me subía adelante de él, entonces a la bicicleta le crecían dos alas blancas y volaba hasta el jardín de la Ciudadela; y así, con el aliento de él sobre mi cuello ascendíamos hasta el cielo. Pero teníamos que regresar antes de que mi abuela me buscara asomada desde el balcón, porque si no me veía había regañadas, lágrimas y ruegos para que yo no volviera a irme con Beto en la bici.

Bueno, el caso es que mi amigo me dispensaba muchas deferencias, lo que me hacía quererlo más ya que yo era una niñita alta, flaca e insignificante. Me regaló una regla que conservé muchos años. Con Pepe, su hermano, y otros niños de la privada jugábamos a las escondidillas, a los encantados y a la roña. Siempre vigilados por Mamanita que no me quitaba los ojos de encima.

Un domingo, regresando nosotros del teatro, ya muy noche, encontramos a todos los vecinos de la privada fuera de sus casas, compartiendo, asustados y tristes, una desgracia. La familia de la señora Chuy había ido de día de campo y Beto aprovechó para correr hasta una barranca donde, con rabia (me lo imaginé así), se abalanzó al vacío. Parece ser que estaba enamorado de un imposible, es decir, de una joven casada y prefirió matarse. La privada vibraba dentro de una atmósfera amenazante. Me acuerdo que me afiancé de la mano de

Mamanita porque, de repente, supe que me enfrentaba, por primera vez, a lo que era La Única Verdad. ¡Cálmate!, me dijo mi abuela, ¡estás temblando! Ernesto, a ver qué medicina le das a esta niña; ¡mira cómo se ha puesto de pálida!

Y pasó el tiempo cargando yo a la tristeza que no se me bajaba de la espalda echándome sobre mis orejas su aliento gélido, el cual no hacía más que empujarme hacia el infierno. Una tarde le dije a mi abuela: Mamá, voy a ver a la señora Chuy. Ahora vuelvo. ¿A qué vas a verla? A pedirle un retrato de Beto. Tiene que dármele porque su cara se me está yendo de la mía...

Yo seguía llorando porque no volví a escuchar aquel claxon que me conducía al paraíso, a pesar de que no podía olvidar que desde el principio del romance había una gran incongruencia: yo me había dicho que quien me llegara a querer toda la vida tendría un nombre que empezaría con la misma letra que el mío, es decir con la D, y Beto empezaba con la B o a lo mejor con la R de Roberto.

La señora Chuy me recibió cariñosísima. Me aseguró que su hijo siempre me había querido. Que le daba mucha alegría que yo quisiera su fotografía. Me dio una chiquita en donde él aparecía sonriendo indiferente, como si no pasara nada en el mundo de su corazón. Al despedirse la señora me dijo: gracias, Fifisita, por mí y a nombre de mi hijo DAGOBERTO.

Me quedé unos segundos paralizada: ¡su nombre también empezaba con D!

Eso tiró a la tristeza al suelo. Ya no estaba adolorida, sino tan sólo un poco muerta.

¡Y ese día logré que mis tíos dejaran a mi prima dormir en la casa! Esa misma tarde entre las dos, convertimos el

camisón de Mamanita en puros nudos, quien, más tarde, sin poder deshacerlos, murmuraba inocentes maldiciones de puro coraje en tanto Teté y yo, en mi camita, nos tapábamos la boca para que no se oyeran nuestras malvadas risas.

A pesar de que las clases terminaban a la una, el camión de la escuela me dejaba en una esquina de la Ciudadela hasta las tres de la tarde. Ahí me esperaba siempre Mamálichita y ambas nos atravesábamos para ir a la casa y comer. Con el fin de que los cuatro comiéramos juntos, esperábamos a que llegara mi Tialí, quien salía de su trabajo justo a las tres de la tarde y se regresaba caminando a la casa. Era un trayecto corto: desde la calle de Tacuba —ahí estaban las oficinas de la Dirección Nacional de Caminos, frente al Palacio de Minería y del “Caballito”, que en ese entonces cabalgaba por esos lares— a Balderas. Por fin escuchábamos su característico llamado con la “manita” de metal de la puerta: ta taratata tan tan. Luego, me sorprendió muchísimo cuando supe que ese ritmo se utilizaba como una obscenidad, ¡qué bárbaros!

El comedor era como un bastardo del de Covarrubias: chiquito, con sillas toscas y asientos rojos de nylon, vitrina anodina y un aparador chaparro. ¡Qué diferencia con el otro, en donde comí desde chiquita! Yo extrañaba la luz de los vitrales de las garzas que con sus reflejos luminosos volvían

multicolor a la sopa diaria... Bueno, pues en este comedorcito pobretón, Mamanita y yo nos sentábamos en un lado de la mesa cuadrada. Frente a ella Papábuelito (en contra esquina conmigo), y a mi izquierda mi Tialí. Era un momento alegre. Mi abuelo hablaba de la última noticia política del nuevo gobierno de Miguel Alemán Valdés (1946-1952) y nos contaba alguna anécdota de la pasada Guerra Mundial. Se portaba serio, pero cuando mi abuela iba a la cocina, con los dos brazos alzaba su vaso, agachaba la cabeza y cerraba los ojos, como si estuviera consagrando una hostia. Mi tía lo regañaba: ¡Por favor, papá, no seas irreverente! Y si lo veía Mamane, entonces sí había llantos y recriminaciones por parte de ella: ¡Ay, si te viera mi papá!, decía; y mi abuelo le respondía: pero hombre, si me viera ¡ya sería un pergamino! Y más llanto... Y ahora que me acuerdo, a él nunca lo vi enojado, siempre con su sonrisita enigmática... Pero aparte de esas situaciones en las que yo me divertía mucho, Mamane hablaba sobre algún guiso que le había encantado cuando vivieron en La Habana; en tanto mi tía comentaba la última versión de *La Traviata*, puesta por la Ópera Nacional y representada en el Palacio de Bellas Artes.

Todavía no había televisión. Yo ya tenía nueve años y un año de estudiar piano. En aquellos días me encontraba muy nerviosa, porque al mes siguiente iba a tocar ante el público en mi primer recital.

Teníamos un radio pequeño en la habitación de mi tía donde, por las nochecitas, escuchábamos nuestros programas favoritos: para mí, el mejor porque me hacía carcajear, era el de Panseco. Luego Cri-Cri. Luego Carlos Lacroix. Luego, el más terrorífico, *El monje loco* que lo personificaba el actor Ernesto Finance. Luego el de *La clave azul* con Agustín Lara

y cancioneros famosos como Emilio Tuero “El barítono de Argel”, programa que todos compartíamos. Después *Cuca la telefonista*, que interpretaba la mujer de Tomás Perrín, un afamado actor. ¡Ah!, y también oía al *Tío Polito*. Y los domingos, *La hora nacional*. Había locutores muy populares, como Gamboín, León Michel (quien vivía en el departamento 9 de mi privada), así como “la Marquesa Solares” (la misma que habitaba el departamento 12 de Balderas. Eran nuestras dos estrellas, y yo jugaba con Florita, la hija menor de doña Carlota, quien salió en varias películas de la Época de Oro). En ese tiempo se diferenciaba perfectamente un cantante de ópera, es decir, alguien que había estudiado canto por muchos años, que cantaba ópera y música clásica *sin* micrófono, acoplando su voz al tono en que estuviera escrita la obra que interpretaba. Al revés de aquellos que cantaban canciones populares, con micrófono, sin haber estudiado tantos años, y únicamente en el tono que ellos preferían, a los mismos que se les llamaba cancioneros; una palabra pronunciada sin demérito, para nada en forma peyorativa. Me acuerdo que algunas amiguitas mías querían ser, cuando grandes, “cancioneras”. Por eso me parece absurdo que ahora no se advierta la diferencia y cualquiera pueda ser un “cantante”, ¡qué bárbaros!

Mi abuela escuchaba sus radionovelas en tanto tejía y tejía con gancho colchas preciosas. Muchas de las novelas eran escritas por Catalina D’Erzel —quien competía con Caridad Bravo Adams—, novelas cuyos títulos he olvidado; sólo me acuerdo de una: *Anita de Montemar*, ya que Mamane, deliciosamente conmovida, se deshacía en llanto. Cómo lloró y lloró al ver la película *La Mujer X*, me parece que

con Libertad Lamarque. Cuando se le ocurría ir al cine sin la familia, me llevaba porque no había prohibición para los menores de edad.

Aquí va mi corazón entero al mencionar esa XEW que fuera la diversión del pueblo de México. Un verdadero paradigma que nos unía. Aunque mi tía también escuchaba programas en esa estación radiofónica, en realidad su preferida era la XELA de puritita música clásica. Música a la que me acostumbré para toda mi vida por haberla escuchado desde antes de tener uso de razón. Desde que cumplí los siete años, Tialí, Teté y yo, los domingos a las 12 del día estábamos en Bellas Artes para asistir a los matinés de los conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional, o de la Filarmónica de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde conocíamos personalmente a varios músicos. ¡Híjole, qué bonitos domingos!

Las sensaciones que el diario vivir nos va moldeando el alma y la conducta son variadas y de lo más curiosas. Hace días escribí sólo para ustedes (no lo había redactado antes) un recuerdo relacionado con el 21 de marzo, principio de la primavera. Me gustó, lloré porque casi siempre se llora cuando se percibe el estremecedor milagro de existir. Confirmé que sigo sintiendo, sintiendo tic-tac, sintiendo el amor por lo menos de la cintura para arriba, porque sexualmente las pícaras hormonas me han dejado en paz para irse a asolear a la playa. Pero sí, me asombré al constatar que todavía amo. Amo a tantísimas cosas que, de anotarlas, llenaría más tomos que los escritos por Marcel Proust en su propia búsqueda.

Amo a mi hijo sobre todas las cosas y a mis amigos como a mí misma. Amo a mi perro como cualquiera de mis hijos-perro y a todos los canes y animalitos del mundo, exceptuando a las mariposas que me asustan. Amo a los hijos de los amigos, a mis sobrinos y a los sobrinos nietos que no conozco. Amo a los árboles, a la naturaleza; amo con pasión desmedida la buena música y el buen cine... también la comida sabrosa... ¡Ah!,

idolatro la lectura “que me ha dado tanto, que me ha dado la risa y me ha dado el llanto...”. ¡Pero no a los libros porque estorban, sobre todo cuando te mudas de casa!; así es que una vez devorado su contenido, me gusta regalar el envase.

Amo a las dos únicas casas que reconozco como protectoras y cobijo de mi espíritu: la de Covarrubias y la de Balderas. ¡Y amo escribir obras de teatro!... Además, no puedo vivir sin platicar y sin escuchar historias, es decir, amo el chisme. Amo la idea de la muerte para ver a mi progenitora, abrazarla y poner su joven cabecita sobre mi hombro consolándola de su tan prematura muerte y retornar a sentirnos una, a pesar de no habernos visto nunca con los ojos.

No amo a lo desconocido en el caso de que no sea yo su inventora. No amo a las leyes, pero sí a la justicia y no tanto al orden. No amo nada que no pueda acariciar ni que esté impedido para devolverme la caricia. Me apasionan y respeto al máximo a los lobos, seres elegantes, autónomos, inteligentes y dignos. A veces amo mi trabajo (como ahora); amo el Palacio de Bellas Artes, las orquestas sinfónicas, los conciertos; y los portales y la catedral de Toluca. En mi corazón se hallan dos espacios geográficos, los que, bajo su cielo han formado los dos únicos hogares que he tenido: la vieja Ciudad de México donde nací y Toluca, donde habito amándola mucho.

Me apasiona el pensamiento y la escritura de Shakespeare, de Julio Cortázar, de Juan Carlos Onetti, ¡de Kafka!, del otro genio, Samuel Beckett. Tomo lo poco bueno de los filósofos y dejo para divertirme, como un postre, sus ya no engañosas jactancias. Amo a los impresionistas, a los expresionistas, a los eternos academistas y alcanzo hasta el orgasmo virtual al admirar los cuadros de Modigliani. Amo también y más que

a las otras, a la ópera italiana, a sus enormes autores y a los grandes cantantes.

Adoro la poesía. Amo la rebeldía y la buena educación.

Amo el pensamiento de mi muerte cuando pierdo la esperanza de salvación, tanto de mis semejantes como de la propia.

Y ya los cansé demasiado. Porque cuando escribo mi supuesta autobiografía, los protagonistas son las costumbres, los ambientes y las cosas que hubo alrededor de mi infancia. Pero así, hablar sólo de mí... Seguramente ahorita sabrán, al comunicárselos, del hastío que siento por mí misma y ¡cuánto me odio en estos casos!

Discúlpenme, pues, por robarles tan inútilmente su tiempo.

¡Fue angustiioso, terrorífico, seductoramente emocionante, triste, alegre!... De todo hubo, queridos lectores, el día en que debía tocar ante un público, aun si éste consistía en espectadores formados por familias condescendientes y amiguitas de la escuela. A pesar de ser así, no dejaban de ser personas desconocidas que iban a escucharme y, por supuesto, a criticar mi técnica pianística. ¡El horror! ¿Y si me equivocaba? ¿Y si no pudiendo soportar la tensión se me olvidara la obra? Continúa, me decía Carmelita Lechuga, mi maestra, tú continúa con lo que sigue o con cualquier otra cosa, la cuestión es no detenerse... Sí, lo dicho por mi maestra de piano lo tenía ya bien grabado en la cabeza, sólo faltaba que los dedos lo obedecieran.

Aunque la verdad, resultaba mucha paranoia: el recital no lo iba a dar yo sola. Había siete niños delante de mí; yo sólo cerraría el concierto... ¡Horror al crimen! (como decía Candelaria, una clienta de mi abuelo). ¡Sí, horror porque tocar al final del evento significaba cerrarlo con broche de oro! ¡En la torre! Una de los “concertistas” era Teté (o Teso que así yo ya empezaba a nombrarla).

Repasaba y repasaba lo que iba a tocar de memoria: primero una invención y una fuga de Bach. Luego, el primer movimiento del *Claro de Luna* de Beethoven. Luego *Para Elisa* del mismo compositor; en seguida, *Alla turca* de Mozart. Para terminar, el vals número 6 de Chopin llamado por los editorialistas musicales como *Vals Minuto*. A los nueve años de edad ese “minuto” se convertía en varios más.

Mi prima también tocaría algunas piezas. Cuando llegó a Balderas para que juntas nos llevaran a la Sala Wagner, en donde sería la audición, ella estaba aún más nerviosa que yo. Antes de salir, Mamane nos llamó y en su recámara nos hizo hincar para rezar un padrenuestro. Teté, sudorosa, musitaba la oración con los párpados apretados; yo la miraba de soslayo y movía los labios sin decir ni una palabra. Bien, levántense, pónganse derechas y sonrían, que todo va a salir bien, nos decía Mamane. Después nos dio la bendición y Lázaro volvió a cargar en su panza a los miembros de la familia, ahora cada vez más grandes y pesados. Siempre pareció no importarle el peso; él era feliz trabajando, recorriendo aquellas calles tan distintas a las que había conocido cuando fue muchacho. Lázaro era un buen hombre-coche: humilde y servicial. Aunque ahora, ya no joven, tuviéramos que hacernos los desentendidos cuando se tiraba estruendosos aires, pobrecito... ¡Lo queríamos muchísimo!

Mi tío Tito lo detuvo justo a la entrada de la Sala Wagner (después él se iría a buscar estacionamiento), sita en la calle de Bolívar número 41 en el mero Centro Histórico de la Ciudad de México. Un establecimiento en donde se vendían instrumentos musicales y partituras, amén de su muy decorosa sala para conciertos; una empresa del todo conocida y respetada en sus 160 años de vida. Cuando entramos ya estaban casi todos los

participantes. Los señores con sus sombreros en las rodillas. También en aquel tiempo todavía la mayoría de las señoras usaban sombrero cada vez que iban a un evento. Ellas no se lo quitaban y, a veces, como en el cine cuando uno se sentaba atrás de una ensombrerada, te estorbaba la visión para mirar cómodamente la película.

En fin, asimismo Carmelita, luciendo un sombrerito negro con una flor blanca, nos saludaba de beso y parecía ansiosa pero muy contenta. Por fin llegaron los pianistas que faltaban. Se apagaron las luces. Teso y yo nos agarramos de las manos. Para acabarla, a mí me dio un retortijón, empalidecí y puse changuitos para que no pasara de ahí. La sala estaba a reventar. Y empezó el concierto.

Poco a poco nos fuimos tranquilizando, no sólo mi prima y yo, sino todos los demás. Estábamos esperando nuestro turno sentados muy calladitos en una pequeña estancia desde donde salíamos a la sala. Ya sin la supervisión de Mamanita, yo me quité el moño color de rosa de la cabeza.

Teso volvió a temblar cuando se sentó ante el piano. Se equivocó en la última pieza, pero siguiendo los consejos de Carmelita, continuó y creo que nadie se dio cuenta del error. Por mi parte volvieron a atacarme los nervios traducidos en una sonrisa de oreja a oreja. Luego, algunos oyentes me felicitaron por mi “sangre fría”. ¡Sí Chucha, cómo no! Sin embargo, inmediatamente de empezar a tocar, los nervios se evaporaron, lo hice concentrada y con gusto, como si estuviera en mi casa tocando en mi viejo y adorado piano. Así, pues, afortunadamente salí bien librada de la prueba.

El público era generoso y no paró de aplaudir. Nos dieron canastas de flores. Hubo abrazos y muchas felicitaciones. ¡Qué

bonito era vivir!, pensé al volver a subirme a Lázaro quien, a la primera vuelta de cran, prendió su motor con energía.

En Balderas se había comprado una botella de jerez. Menos mis primas Susi, Lichita y Carmela, las más pequeñas, todos brindamos con el jerez y con galletitas. Cuando nos quedamos solos los cuatro habitantes regulares de la privada, me moría de sueño y de satisfacción. Dormí profundamente. En el sueño, venía hacia mí, sin que sus pies tocaran el suelo, una joven delgada y etérea con una rosa roja que me puso a los pies de la cama.

Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas que tanto para ustedes, mis amigos, mis semejantes, como para mí, este día nuestra mente se halle lo suficientemente fuerte y lúcida para lanzar nuestras mejores vibras con el fin de que aminoren las desgracias en todo nuestro planeta.

Y así empiezo este último día de agosto, escribiendo para ustedes más o menos el itinerario de viajes seguido por mis abuelos cada año. Ya les conté que cuando nacimos la segunda generación, la primera ya se había gastado todo el dinero ahorrado por Papábuelito de sus buenos sueldos como director del Hospital Militar y Ministro de Salud. Buenos sueldos que de inmediato se los echaron encima en viajes y en fiestas rumbosas (el teatro en la azotea) de las que todavía se acordaban algunos viejitos que conocí. Mi abuelo, no obstante encontrarse casi inválido y ya sin posibilidades monetarias, no renunció a seguir paseando fuera de la Ciudad de México. Y allí entró al quite mi Tialí. Como una de las fundadoras de la DNC (Dirección Nacional de Caminos), aparte del sueldo con que vivíamos los cuatro —sueldo que alcanzaba para

que lleváramos una existencia decorosa absolutamente sin ningún lujo, sin nada más que lo estrictamente necesario para vivir—, su oficina le proporcionaba gratuitamente, sólo en sus vacaciones, un vehículo con gasolina y chofer. Y así, Papábelito y su familia siguió viajando.

La primera excursión era durante los días vacantes de Semana Santa: invariablemente a Puebla, cuna de los Careaga. Nos instalábamos en casa de un sobrino de mi abuelo, el tío Daniel y familia. Este pariente era un personaje extraño, de novela del siglo XIX. Alto y fornido, de rostro serio, muy blanco, ingeniero civil quien trabajaba en la cementera Cruz Azul. Pero también, y esto es lo que lo hacía interesante, había estudiado para sacerdote, pero se salió del Seminario antes de profesar con el fin de estudiar música, volviéndose un organista de verdad excepcional, lo cual lo hizo ocupar los puestos de organista de Catedral y de Santiago, una iglesia preciosa.

Desde el Lunes Santo hasta el Viernes Santo, Papábelito, Mamane, Tialí y yo no salíamos de las iglesias. Junto a nosotros, el tío Daniel nos explicaba uno a uno los pasos seguidos en la liturgia de esos días. Rezaba y nos hacía repetir las oraciones en latín. ¡El colmo! Papábelito se entretenía analizando la arquitectura e historia de aquellos templos: Esta iglesia de Santiago es de las pocas construcciones góticas —siglo XVII— de Iberoamérica, me decía. Claro que resulta algo distinto del original europeo. Cuando nos conquistaron los españoles ya traían nuevos modelos arquitectónicos como el Barroco, etcétera, por lo que ya no utilizaban el gótico.

Pero no pasaba mucho tiempo sin que mi tío Daniel, con el debido respeto, le hacía ver que debía permanecer callado. Entonces éramos dos los que nos aburríamos. Ya en la casa

del tío, era distinto. Su esposa, en contraposición a la personalidad de su marido, era una mujer alegre, con un sentido del humor que divertía y hacía reír constantemente. Tenían cuatro hijos: Juan, Ernesto, Gema y Danielito, todavía muy chiquito. Yo tenía diez años y Juan, mi primo-segundo, 14 años de edad, nos gustábamos a rabiar. Claro que estos amores siempre fueron, cual corresponde a las edades, absolutamente platónicos. Un día, mi tío me invitó a subir con él al coro porque iba a tocar el espléndido órgano de catedral. Me dieron permiso y subí con él. Empecé a escucharlo y comprendí que la música era una revelación más allá de todas las manifestaciones mundanas. Me elevé, me purifiqué, los días santos se llenaron de expectación y ansiedad para mí por seguir sintiendo el sonido de aquel instrumento.

Finalmente, toda esta actitud austera explotaba liberándose en alegría, en la quema de judas y fuegos artificiales, al llegar el muy esperado Sábado de Gloria, cuya reseña bien vale su artículo que se los escribiré mañana.

Salimos de la majestuosa catedral de Puebla —tan soberbia y a la vez plausible y recatada— a las ocho de la noche después de presenciar la ceremonia luctuosa llamada Pésame a la Virgen de los Dolores con sus siete puñalitos clavados en su pecho de madera, celebrada (no sé ahora) los viernes santos a las siete de la noche. Salimos, digo, yo con mi odioso moño en la cabeza y Mamanita, al igual que mi Tialí, con peineta sosteniendo finas mantillas negras, ambas vestidas de luto riguroso para cruzar el iluminado zócalo, verde-gris a esas horas, pero siempre inescudriñable. Adelante caminaba Papábuelito con su bastón en una mano y en la otra afianzando el brazo resignado de Tialí, donde la inseguridad del abuelo imprimía la huella morada de sus dedos; los seguíamos Mamane llevándome a mí de la mano. Los cuatro íbamos lo más aprisa que podía caminar mi abuelo; el corazón tintineando no sólo porque en ese momento se terminaban los días de muerte tan nefastos y sangrientos y las inefables oraciones en latín (mi tío Daniel me prometió llevarme al órgano catedralicio cada vez que fuéramos a Puebla); no, no sólo por eso, sino porque

seguramente ya nos estarían esperando en La Princesa. Cruzamos a un portal. El restorán se encontraba casi lleno y antes de entrar, una figura conocida, saludando con un brazo extendido, salió corriendo a nuestro encuentro: ¡Teté! ¡Y en ese instante empezó para nosotras, los poblanos sábados gloriosos e irrepitibles! Nos sentamos en aquel único, eterno restorancito de La Princesa.

Uniendo las mesas, estaban mi tío Tito y su mujer, mi tía Julia junto a Lichita (Alfredo casi nunca iba). Luego seguían los morenazos: mi tío Agustín, su mujer, mi tía Tere y sus hijas Teté, tatá y tutú, o sea, Teté, Susana y Carmela; al lado, nosotros cuatro. ¡Otra vez juntos como en los viejos tiempos! De ahí cruzábamos de nuevo el zócalo y a media cuadra entrábamos en el antiguo Hotel Arronte. (Obviamente no podíamos hospedarnos todos en casa de mi tío Daniel). Este hotel era un viejo y distinguido edificio venido a menos, pero aún con su elevador de fierro artístico que trabajaba despacio, el que, mientras fuimos niñas, significó nuestro juguete: ya íbamos para arriba, ya íbamos para abajo, repitiendo la hazaña una y otra vez en tanto los grandes se arreglaban. Hasta que un día el administrador del hotel nos cortó la luz a la mitad de dos pisos. El susto fue suficiente y no volvimos a jugar con él.

Ese sábado nos levantábamos tempranito y, sin desayunar, tomábamos el camión que nos llevaba al balneario de aguas sulfurosas llamado Agua Azul. Este año huele como nunca a huevo podrido. ¡Qué rico! El único que se quedaba cómodamente acostado en el hotel, leyendo su inseparable periódico, era mi abuelo. Y ahí, en el balneario, corríamos, nadábamos, jugábamos y, sobre todo, chistoseábamos, verbo inventado por mi prima Teté, término seguramente inmortal

porque aún ahora, más de setenta años después, lo seguimos usando las únicas tres primas que, de toda la familia Careaga, han sobrevivido: Teté, Lichita (que vive en Europa) y una servidora. Todos los demás ya partieron hacia el Misterio.

Era la alegría, no hay otro epíteto que lo califique mejor.

Al mediodía volvíamos a tomar el camión que nos regresaba al centro de la ciudad; sí, al Hotel Arronte. Ahí encontrábamos, generalmente, a mi abuelo vestido y esperándonos. Y ¡al agua patos! Todas las mujeres nos bañábamos juntas; y mi tío Tito y mi tío Agustín en otra regadera. ¡Dios, cómo nos arreglábamos! Vestidos nuevos, zapatos y peinados garigoleados. Éramos brincadores chapulines de colores. Y de vuelta a La Princesa, a almorzar tamales, atoles, huevos rancheros... Desde ahí veíamos en los portales cómo quemaban a los malvados judas y oíamos el chacoteo de la dichosa concurrencia.

En seguida, ¡al zócalo! En el precioso kiosco una orquesta tocaba la obertura de la opereta *Poeta y campesino* de Franz von Suppé, un compositor del siglo XIX austrohúngaro. No sé por qué, pero en años y años diferentes orquestas jamás dejaron de tocarla. Y entonces empezaba el desfile. Todas las bancas del jardín ocupadas. Respetando la derecha, iban y venían familias enteras, muchachas solteras, caballeros y niños, todos elegantemente vestidos. A mis primas y a mí no nos importaban esos alardes banales, corríamos empujando a los paseantes, nos escondíamos atrás de bancas ocupadas por desconocidos, asustándolos y riéndonos de ellos. Estallábamos de alegría. Años más tarde, yo, que había despreciado ese lucimiento tan racista (el pueblo también daba vueltas, pero abajo del zócalo) ahora paseaba con ritmo tranquilo, mirando con ojos de borrego a medio morir a mi primo Juan quien,

en sentido contrario, paseaba tranquilamente en tanto parecía no mirar a nadie más que a mí...

Regresábamos todos a nuestra Ciudad de México el lunes siguiente en un autobús cuyas siglas eran ADO a continuar nuestra modesta pero honrada vida de todos los días.

Buenos días, compañeros. Paty me acaba de bañar y me siento ágil y fragante. Al ratito se me va a quitar esa sensación cuando las piernas empiecen a decirme que en el mundo existe el dolor. Pues ni modo, qué le vamos a hacer. Pero ellas (las piernas) no se van a salir con la suya de quitarme el buen humor.

Y ese buen humor me hace recordar cuando, también en vacaciones, yo inventé escribir cartas amorosas a cada habitante de las 15 casitas de la privada. Desde el balcón cerrado, tras los visillos, veía yo que no hubiera moros en la costa. Cuando no había nadie, Teté salía corriendo por el patio y se detenía en cada puerta: Pam Pam, ¡carta!, y metía el papel por la hendidura. Y veloz se regresaba a la casa para subir y juntas mirar por el balcón las reacciones de la gente. Esa era la táctica que decidimos llamar “checo-slovaca”.

En el departamento 3 vivía con su familia un muchacho español como de 15 años: Rafael. Teté y yo teníamos entre 9 y 10. Su carta decía así, más o menos: Te escribo desde España, pero como ya ha pasado un año, ya estoy en México. Soy tu

admiradora y, si quieres saber quién soy, te espero en Carlos Sterling No. 208 (a la vuelta de la calle donde vivíamos y donde la numeración terminaba en el 65). Con nervios temblorosos, mi prima y yo miramos desde el balcón cómo el mismo Rafael abría la puerta y miraba para todos lados. Y cuál va siendo nuestra sorpresa, al ver que también salían de ahí todos los niños de la privada. Y así en montón, marcharon a la calle seguro para ir a un número inexistente de la calle Carlos Sterling.

Los corazones de ambas palpitaban estrepitosamente. Los muchachos se tardaban en regresar, así es que la mensajera Teté volvió a correr por el patio para dejar otra carta en la casita 4, donde vivía una señora gorda y rusa. Pam Pam ¡carta! Misiva que decía, más o menos: Te escribo desde Rusia, pero como ha pasado el tiempo, ya estoy en México enferma de una pierna, de “la patíngola” en ruso; y si quieres saber quién soy, te espero en Carlos Sterling No. 208; soy un antiguo novio tuyo, no tardes. Pero en el momento en que mi prima regresaba corriendo, ¡entraba toda la pandilla de muchachos quienes pudieron atestiguar quién era la “chistosa” que mandaba cartas!

Y la desgracia cayó sobre nosotras.

En venganza, Rafael envió a un chico a tocar la puerta de mi casa. Pam Pam, ¡carta! Y abriendo en ese instante la puerta, el papel lo recibió nada menos que Mamanita. El muchacho corrió y se escondió en casa de Rafa. Mamane, muy seria, cerró su puerta y nos llamó: ¡Bajen al comedor, ahorita!, gritó.

Lánguidas de miedo, Teté y yo nos presentamos ante el juez supremo. Mamane tenía el mentado papel abierto. Escuchen, nos dijo muy seria, si a mí me hubieran mandado un mensaje como éste, hubiera metido la cabeza en el excusado de pura

vergüenza. Se los voy a leer: No anden hirviendo la sangre. Yo soy el novio de la Güera del departamento 13, así es que no vuelvan a meterse conmigo ni con mis amigos, escuinclas caguengues. Nos miró con cara asesina: ¿Les parece bonito? Nosotras ya empezando a lloriquear. ¡Váyanse y enciérrense! ¡No quiero verlas!

Y nos encerramos arriba, en la sala. Teté decía, alarmada: cuando lo sepan mis papás, el montón de nalgadas va a ser espantoso... Yo le dije que no, que antes escaparíamos de la casa y que viviríamos de vender travesuras a los demás niños. No, replicó ella (¡me acuerdo tan bien!), ¡no escaparemos, saldremos por la puerta!

Fue hasta la noche que Tialí abrió la puerta de la sala y nos rescató. Ya ya, pidan perdón a mi mamá que ella está dispuesta a olvidarlo todo.

Así lo hicimos. Todos olvidamos todo. Nosotras nos acostamos pensando en que la táctica “checo-slovaca” no era para nada eficaz.

Años después, ya siendo yo novia de Víctor, con quien me casé, me presentó un muy amigo suyo que también había venido chiquillo a México con sus padres republicanos. ¡Era nada menos que aquel Rafael!, quien terminó siendo nada menos que el padrino de bautismo de mi hijo Víctor. ¡Quién nos lo hubiera dicho!

De la escuela no me nace escribir nada. En ella no se me antojaba hacer travesuras, casi siempre me encontraba indiferente o triste; me sentía encarcelada. Por eso me llevaba siempre el libro que estaba leyendo. Y continuaba su lectura a cada momento que podía: entre clase y clase, pidiendo permiso para ir al baño en donde me tardaba una eternidad leyendo; o cuando mis compañeras jugaban volibol durante el recreo, y por supuesto, en los largos trayectos que hacía el camión del colegio para llevarme y traerme. Durante meses así fue. Pero no siempre. Hubo también un tiempo de explosiones “creativas”, es decir, me volví terrible en la escuela: copiaba, interrumpía, decía discursos subversivos, a los profesores les hacía preguntas impertinentes, y mucho más aun que, curiosamente (aún no me lo explico), en el momento de la verdad los maestros preferían no regañarme ni castigarme. Jamás, jamás supe la razón. Pensarían que yo ya no tenía remedio.

Un viernes, la directora de la escuela fue a mi salón a decirnos quién sabe qué. Yo trataba de no oír sus tonterías.

Al final del día salimos todas, pero la directora se quedó sentada ante el escritorio escribiendo. Yo fui la última que salió de la clase y, al ver abierto el candado de la puerta, no pude vencer la tentación de cerrarlo. Me recorrió un placer cosquilleante al apretarlo despaciosamente, llena de gozo, dejando a la señorita directora encerrada, cuando bien sabía que las alumnas y todo el personal se marcharían a pasar en sus casas el fin de semana. Parece ser —luego supe— que al terminar lo que estaba escribiendo, se dio cuenta de que se había quedado sola en toda la escuela. Después de gritar hasta quedarse afónica, la señorita directora tuvo que romper una ventana y salirse como un mandrín de la clase. Fue para mí un acontecimiento encantador. El sábado y domingo hice mi vida normal con un sentimiento de beatitud clavado en el corazón. Teté me instaba a la travesura, pero yo me encontraba tan plácida que sólo le decía que no con una sonrisa angelical.

Cuando vivíamos en Covarrubias, los domingos, después de desayunar, nos montábamos en Lázaro y mi tío Tito, manejándolo, nos conducía por varios sitios de la ciudad. Sin embargo y por lo general, nos llevaba a Chapultepec recorriendo la avenida principal, donde está el lago, donde entonces paseaba a caballo gente rica, donde caminaba el pueblo con sus mujeres y sus hijos como arrastrando una obligación. Yo me fijaba mucho en sus caras, rostros que no demostraban ninguna alegría por el paseo. Bueno, me fijaba cuando de pura casualidad no me había dormido en las piernas de Mamálichita. Porque, han de saber, esos paseos dominicales eran tan relajantes —en aquel entonces circulaban muy pocos coches—, que casi inmediatamente de salir de la casa, grandes y chicos quedábamos dormidos.

Mientras, mi tío Tito conducía a Lázaro por aquí y por allá. Cuando verdaderamente el tío se aburría nos regresaba a todos a Covarrubias. Entonces despertábamos diciéndonos, ya un tanto apresurados para comer e ir al teatro, que el paseo había estado realmente bonito.

Para mi querida Adriana Cu:

Yo iba dormida a trabajar con su esposo, mi admirado señor Valadés, a las siete de la mañana. Dormida ponía mis dedos sobre el teclado de la máquina para que ellos se encargaran de escribir, mientras yo, con los ojos entrecerrados, dormía y hasta soñaba. Su esposo, en pijama, bata, cachucha y pantuflas manejaba los periódicos que ya antes le habían llegado a su casa con una rapidez y presteza de verdadero maestro en el oficio. Y así elegía las noticias nacionales para hacer una síntesis de ellas, síntesis que a mí me dictaba. Sin mirar nada más que mis ensueños yo las escribía en la máquina. Aparte la modestia, Adriana, usted sabe lo rápida que fui escribiendo en máquina. Desde la escuela, en los tres años de comercio, siempre me gané el primer lugar en mecanografía. Bueno, el caso es que entre periódico y periódico, entre dictado y dictado, una hora más tarde, a las ocho de la mañana, ya se habían formado diez hojas de noticias importantes para los suscriptores. Y dos muchachos las fotocopiaban y las llevaban a entregar.

En una ocasión el señor Valadés me dictó algo que se oía como ...Teté. Bien, le respondí entre sueños, mi prima Teté siempre está bien. Teté, repitió mi jefe en voz más alta. Pues nunca le pasa nada, señor Valadés, gracias por preguntar por ella. ¡Estoy diciéndole AT&T, señora Careaga, por favor! Entonces desperté, mis sueños volaron, me asusté, pedí disculpas y abrí bien los ojos.

Otra vez, también medio dormida, vi que el señor Valadés cuando hablaba, se columpiaba pegado a su boca un largo cabello rubio (de usted Adriana). Empecé a verlo sin quitarle la vista, en tanto seguía escribiendo, hasta verdaderamente volverse una obsesión visual para mí. Y el pelo ya iba, ya venía, ya iba, ya venía. Perdí todo control: me levanté bruscamente y, tirando la taza de café, me abalancé hacia mi jefe que se echó para atrás asustado, y tomándolo de los hombros, le quité el pelo rubio. Ya satisfecha le dije tranquila: tenía un pelo güero en la boca, señor Valadés. Y él me respondió muy serio: pues tenga cuidado, señora Careaga, porque un día de éstos va a matarme de un susto.

Luego estaba el problema de los cigarros. Si yo no llevaba, usted Adrianita, no dejaba que el señor Valadés comprara ni uno solo. Ambos trabajábamos nerviosos. Una mañana, al terminar, estornudé: ¡Por favor, señora Careaga, no se me vaya a enfermar, porque si falta mañana me parte por el eje! No se preocupe, le repliqué muy confiada, ahorita, antes de llegar a mi segundo trabajo, me detendré en una farmacia a comprar un *kotex* (en vez de decir *contac*) y santo remedio, le dije. Su esposo bajó el periódico poco a poco para verme interrogante. Habrá pensado que los catarros yo me los curaba de manera muy rara.

Por otra parte, invariablemente fue un amigo tan apreciado como lo es usted, Adrianita, desde que la conocí. Yo le contaba a su esposo mis problemas. Él me daba consejos sabios. Me presentó a un gran amigo de él, el músico Sabre Marroquín. Publicó en su extraordinaria revista varios cuentos míos. Uno de ellos le gustó mucho al gran escritor Juan Rulfo. Durante muchos años, don Edmundo y yo fuimos los mejores amigos.

Un día me dijo que había sido invitado a Río de Janeiro a una convención de escritores de habla española. Me confesó que no le hacía mucha gracia porque no conocía a nadie personalmente; no como en Buenos Aires que muchos escritores ya lo conocían y lo admiraban. No importa, señor Valadés, usted ha hecho mucho por Brasil al ser el único traductor al español de los cuentistas de allá. Y aunque no se hayan visto nunca, usted es alguien importante ahí y en cualquier otra parte del mundo. Pero no me hacía mucho caso. Seguía inseguro. Pues llegó el día, se fue y a la semana regresó feliz a México. ¡Imagínese, señora Careaga!, cuando llegamos al aeropuerto de Río de Janeiro y yo empecé a bajar del avión, ¡una banda de mariachis tocaba dándome la bienvenida y el aeropuerto estaba lleno de gente que me aplaudía llevando ramos de flores! ¡No sabe lo que fue eso! Él se merecía eso y mucho más. Su revista *El cuento*, que costaba tan poco, era toda una antología del cuento mundial que, sin sacar un peso para él, gracias al amor que le tenían los suscriptores, la mantenía para los lectores no sólo de México, sino de Centro y Sudamérica. Fue un apoteótico luchador en favor de la buena literatura. Ayudó a cuantas personas querían escribir, apoyó a buenos escritores poco conocidos. Fue un hombre BUENO, noble, encantador. Por

eso nunca me llamó la atención que usted, Adrianita, a pesar de su juventud, lo hubiera amado tanto. En lo personal, fue mi muy querido y respetado maestro.

Querida Adrianita, no sé si usted supo cómo llegué hasta don Edmundo Valadés y su increíble revista El Cuento. Pues fue gracias a un amigo mutuo, librero de profesión, llamado Polo Duarte, el mismo que tenía su negocio en avenida Hidalgo, frente a la Alameda Central. A su vez, a él tuve el placer de conocerlo cuando acompañaba a mi marido (y padre de mi hijo), a buscar en esa mágica librería algún libro que le sirviera para dar su clase de Historia del Arte en la UNAM. En esa etapa Polo y yo no nos hablábamos. Él atendía a mi marido y mientras yo miraba al librero pensaba que en realidad me simpatizaba mucho. Así pasaron dos o tres años. Entre tanto, yo hacía mis pininos de escritora, y cuando todo se fue al diablo en mi matrimonio y sobrevino el divorcio, pasado un tiempo, yo me presenté en aquel establecimiento de libros y sin más le mostré el primer cuento por mí escrito a aquel Polo que era amigo de Gustavo Sáinz y de Gabriel García Márquez, entre muchos muchos otros escritores. Pues leyó el cuento y sonriendo me dijo que valía la pena, que por qué no se lo llevaba a la máxima autoridad de este género literario, al gran escritor Edmundo Valadés.

Conseguí la dirección de *El Cuento* y una mañana me presenté en él. Su director me recibió simpático, cálido. Leyó el mentado texto y... me dijo que yo podía escribir muy bien si corregía ciertos errores. ¿Cuáles?, pregunté. Pues si usted quiere, señora Careaga (desde ese instante me bautizó con ese bendito nombre, paradigma del honor de ser su amiga, y el cual heredó a usted, querida mía)... yo puedo irle indicando cómo dejar bien escrito su cuento. Acepté agradecidísima. Y mientras, si usted pudiera ayudarme en esta oficina, yo se lo agradecería y le pagaría un pequeño salario.

Y así, al siguiente día empecé a trabajar en *El Cuento*. Seis meses más tarde, me publicó aquel cuento iniciador de todo, tal y como yo se lo había llevado.

Trabajamos dentro de una extraordinaria relación de afecto y respeto durante doce años. Yo terminé por elegir los cuentos buenos y desconocidos para la revista. Él se sentía tan satisfecho de mi labor que creyó que yo era eficiente para todo y un día se le ocurrió dejarme la completa administración de *El Cuento*. Yo, inconsciente de mí, seguí con mi labor literaria y dejé abandonados mis nuevos compromisos. ¡Pobrecito! Me acuerdo que un día llegó pálido a la revista. Señora Careaga, ¿qué pasa con el papel? Yo cerré el libro que había elegido para el nuevo número. ¿De qué me habla señor Valadés?, estoy ocupada. ¡Hablo del papel para el número siguiente! Ya estamos retrasados, señora Careaga... ¡Ah, el papel!... ¿Tiene usted el teléfono para pedirlo?... Entonces se dio cuenta de mi absoluta incapacidad. Yo sé que le apenó mucho, pero era necesario correrme de *El Cuento* para pagar a una persona adecuada que le resolviera el problema administrativo, pues él ya no tenía tiempo

de hacerlo. Así es que me consiguió otro trabajo y ya así, tranquilo, me dijo que me fuera... Pero seguimos tan amigos como siempre. Después, y ya en otros menesteres, seguimos trabajando juntos. De eso usted, Adrianita, ha sido testigo porque ya entonces era la esposa del señor Valadés y él y yo chambeábamos en su propia casa.

Y en relación con usted, Adriana, me acuerdo que un lunes, en la oficina, él me contó con ojos brillantes que había conocido a una muchacha “preciosa” en Querétaro. Que lo había impresionado de tal forma que esa noche no había podido dormir. Sus comentarios se me revuelven en la memoria. Lo que no puedo olvidar es que la quiso mucho, que sentía por usted, además de una auténtica pasión, una gran ternura. Que en su corazón no había más ánimo que protegerla y hacerla feliz. Por eso trataba de darle gusto en todo, como en aquella prohibición que, por su salud, usted le había impuesto. Ni un cigarro más, Valadés; va en ello tu vida. El señor Valadés y yo éramos dos viciosos irredentos del tabaco. Cada uno se echaba a los pulmones dos cajetillas diarias. Así es que dejar de hacerlo era un suplicio inquisitorial.

Yo llegaba a su casa a trabajar en las noticias diarias a las siete de la mañana, y hubo veces que ya no tenía cigarros, pero a esas horas todo estaba cerrado. Se lo contaba al señor Valadés y él me decía horrorizado que también se había quedado sin tabaco. Voy a la cocina, me decía, a ver si encuentro una bachicha decorosa en el basurero. Por favor, señora Careaga, “écheme aguas” si se acerca Adriana. Generalmente encontraba la bachicha y nunca el fumar fue tan delicioso como en esos casos.

Y dejando esos incidentes le diré, Adrianita, que usted siempre fue para mí una mujer admirable al entrar de lleno y sin dudarle en el universo de su marido. Y empezó a leer y a hacerse amiga de los amigos de su esposo. Caray, me dije, qué lección de amor le ha dado Adriana a su esposo. Qué lección nos ha dado a todas las mujeres.

Y aquí termino por hoy. Víctor quiere que ya me acueste.

Yo conocí personalmente al grande grande escritor José Revueltas, platicando conmigo cuando yo era la secretaria de la Comunidad Latinoamericana de Escritores y él aguardaba el momento oportuno para hablar con mi jefe, el poeta Carlos Pellicer. Revueltas siempre me dijo Delfinita, fue muy cariñoso conmigo. Yo le enseñaba mis cuentos y él, por generosidad, me los alababa. Aunque sólo ahí y no muchas veces conversamos, aunque ésas bastaron para que yo lo apreciara mucho. Mi *Raimunda*, que ganó el Premio Nacional de Teatro, se la dediqué a él.

He leído todo lo que escribió. Es de la literatura que no se olvida, la que estruja el alma hasta exprimirle la ternura. No es narrativa que guste a los de poco criterio que quieren historias destinadas a Walt Disney. Es para gente que verdaderamente ha leído y que, entre lo bello, se le ha abierto la mente al dolor humano. Uno de sus cuentos que prefiero es el intitulado “Dormir en tierra”, escrito en 1959, uno de los vasos comunicantes que lo unen con todo el cuerpo ideológico y artístico de Revueltas, haciéndolo comprensible dentro del

entramado de un paradigma político y estético que atravesó el pensamiento, los esfuerzos y los logros de un autor que vivirá siempre en la literatura hispanoamericana. Con harto gusto se los transcribo.

Dormir en tierra

Pesado, con su lento y reptante cansancio bajo el denso calor de la mañana tropical, el río se arrastraba lleno de paz y monotonía en medio de las dos riberas cargadas de vegetación. Era un deslizarse como de aceite tibio, la superficie tersa, pulida, en una atmósfera sin movimiento, que sobre la piel se sentía igual que una sábana a la que terminaran de pasar por encima una plancha caliente. Las casitas de madera del puerto, montadas en zancos sobre la orilla del río para quedar a salvo de las crecientes, parecían temblar, con ligeras y cambiantes distorsiones, vistas a través del vaho abrumador, quieto, de un aire que no se movía, de un aire que estaba ahí, empezando, muerto como el agua de un estanque. De las casitas se elevaba trabajosamente vertical y despacioso, trazando sobre el agresivo azul del cielo una apenas ondulada línea blanca de gis, un humo concreto, corporal, macizo, que no terminaría de salir nunca de las pequeñas chimeneas de lámina que se veían encima de los techos. Aquellas casas formaban, paralelas al Coatzacoalcos, la primera fila de un conjunto de callejuelas miserables, en la proximidad del muelle. La calle, tendida al borde del río, con sus tabernas, sus burdeles, sus barracas para comer, tenía una quietud extraña, un ruido, una delirante inmovilidad ruidosa, con aquella música de la sinfonola, en absoluto una música no humana, que no cesaba jamás, como si la ejecutaran por sí solos los instrumentos que se hubieran

vuelto locos. Eso hacía que las propias gentes —también los perros y los cerdos, irreales hasta casi no existir— parecieran más bien cosas que gentes, materia inanimada desprovista totalmente de pensamiento, en medio del calor absurdo que lo impregnaba todo.

La fastuosa llegada de mi papá duraba ocho días. Ocho días mágicos porque su sola presencia rompía la monotonía de mi vida. Las horas de la escuela se volvían apenas unos minutos sin importancia, porque sabía que al regresar a casa estaba él, esperándome, para llevarme al mundo de la ilusión. Salíamos todas las tardes. Caminábamos mucho siempre por lugares bonitos después de dejar estacionado a “Pituco”, su auto chiquito y pulcro; andábamos por las calles de San Ángel, Chimalistac, Coyoacán. También por el centro maravilloso de la Ciudad de México, en ese entonces casi sin tránsito. Pero ¿de veras vendrás por mí, papá? ¡Claro, chamaquita! Para irnos a los Mares del Sur, vivir en una cabaña y meternos en el mar al anochecer para jugar con los listones plateados de la luna... “Las islas de los mares del sur” fue la promesa dorada que me hizo del paraíso. Este mundo no, es sucio, ¿o te gusta a ti, Firuca? No, papá, te lo prometo ¡no me gusta nada! Y soñando pasábamos frente a casas de una rara existencia, ventanas untadas con perfumes de flores, ante sonrientes árboles gigantes, puentes milenarios

ya encorvados por fatiga, cielo radiantemente azul... ¡Ay, Luisito Careaga, eras tremendo! Cuántos años me fui con la finta, resistiéndome a entrar al aro...

Muchas veces, cuando comíamos todos en aquel comedor del vitral de las garzas, mi papá nos platicó de un sitio tan extraño como su nombre: “El Waikikí”. Otro sueño (tenía cinco años de edad) que soñaba yo a todas horas. Esta noche yo te despierto, Teté, y nos vamos al Waikikí. ¿Qué es eso?, preguntaba mi prima. No me preguntes tonterías. (En ese entonces yo ignoraba que Waikikí, además de ser el cabaret de moda, era un barrio de Honolulu, en donde se habían creado, por la mano del hombre, unas famosas playas y sus hoteles mundialmente reconocidos). Sólo te diré que hay prados, resbaladillas, columpios y helados gratis. ¡Vamos!, me respondió ella ya convencida. A las doce de la noche en punto vengo a buscarte. Bueno, aceptó mi prima ya entusiasmada, pero antes dime ¿qué quiere decir en punto?... Y cumplí mi palabra, sólo que Teté medio dormida no quiso levantarse y la que despertó fue su mamá, sacándome de su recámara y llevándome a la mía. Ahí terminó la aventura del Waikikí.

Era la época de los cabarets. Muchos años después, el señor Valadés, amigo con quien trabajé en *El Cuento*, me contaba casi con las mismas palabras de mi papá de aquellos centros nocturnos. Las ficheras eran cuatitas, señora Careaga, uno podía pasarse la noche con ellas sólo contándoles nuestras penas. Era otra cosa, me decía nostálgico.

Tengo entendido que los cabarets empezaron en los cafés-cantantes franceses. Luego brillaron en todo su esplendor ya con su nombre “cabaret” en la Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial. En México nacieron

de las carpas y tuvieron un éxito total. Ahí iban los artistas famosos: Toña la Negra, Agustín Lara, Pedro Vargas y los más conocidos. Y artistas bohemios que entre copa y copa “componían” música y poesía; también componían al mundo con teorías generalmente utópicas. Y, asimismo, iba el pueblo según la categoría del lugar. Todos sabían bailar el danzón y el paso doble, la rumba; y ya a mitad de los años cuarenta el boogie-woogie, el swing... Además del Waikikí, sito en pleno Paseo de la Reforma, se hallaba el muy mentado Salón México, La Cucaracha, El Molino Rojo, El Chairmont, y tantos otros. Lo importante era quedar prendido, deslumbrado por el diseño del cabaret, la estética del glamour, la chaquira y la lentejuela.

Todo eso se murió: los cabaretes, también se murió Luisito y sus islas de los mares del sur. Nunca vino por mí. Con los años supe que él daba por cierto las ensoñaciones, que la única culpable era yo por confundirlo con un papá real.

Por otra parte, en mis áridos días de escuela, no recuerdo que alguien me haya preguntado ¿ya hiciste la tarea? o ¿qué te dejaron para estudiar? o ¿quiénes son tus amigas? Eso no se acostumbraba en el siglo XIX cuando nacieron mis abuelos. Tialí estaba ocupada en sostener económicamente la casa, además de haber sido criada con el mismo sistema decimonono. Sólo la casa temblaba de preocupación cuando yo tenía la suerte de enfermarme y de que me subiera la fiebre.

Sin embargo, hoy, a los 83 años de edad, he vuelto a creer que me aguardan los placeres del Waikikí, en las celestes islas de los mares del sur, donde podré nadar en el mar al anochecer y bajo la luna... descargándome del dolor de las guerras, del odio y de todas esas desavenencias que sin medida alguna nos gastamos unos a otros. Y ¿quién

puede dudar que mi papá cumpla muy pronto su promesa y venga por mí —después de su más largo viaje— para volar aterrizando en una de las remotas playas de Waikiki? Todo puede suceder.

La tendencia de algunas personas a disfrazarse ha sido estudiada por la psicología y la psiquiatría. En cada una de ellas existe un motivo oculto o aparente que lo impele a “ser” otra persona. Mis primas y yo no parábamos de disfrazarnos. Pero particularmente, en mi infancia, toda la familia estaba de acuerdo en que Teté era “igualita” a su papá, mi tío Agustín. Yo también así lo pensaba, pero mi creencia, a los cinco años de edad, era mucho más profunda que la de los otros. Anda, déjame disfrazarte de tu papá. Te pinto un bigote y te pones los aros de un anteojito ya sin vidrios. Podemos tomar el sombrero de Papáuelito y, como no tenemos pantalones de tu tamaño, pues te presentas en calzones que al fin y al cabo son pantalones chiquitos. ¿Te imaginas si tu mamá y todos te confunden con tu papá?, le suplicaba... No, no se me antoja, replicaba mi prima. Anímate, Teté, y vas a ver cómo los grandes no van a saber quién es el verdadero tío Agustín...

Ahora que lo recuerdo, ¡qué inocencia la de los niños! De verdad yo creía que podía generar ese desconcierto en toda la familia, pero mi prima nunca quiso, no sé si le daba miedo

que al terminar la farsa sus papás le dieran de nalgadas, o no sé, pero siempre se negó a hacerlo.

Y eso va de la mano con una mujer que no sólo se disfrazó de hombre, sino que engañó al México de los años veinte. Al pensar en aquel tiempo, las fotografías, las películas, me otorgan el contexto que necesito para escuchar el ruido que todavía dejara la Revolución. El teatro, las mujeres de pelo corto, las fiestas, los chalecos de los caballeros donde colgaba la brillante leontina que sujetaba al reloj de bolsillo bajo sus sacos apretados. Los bigotes de ellos y los cabellos ondulados de ellas. La boruca política, las cóleras, los disparos en la Cámara de Diputados, los paseos. Chapultepec como jardín de la sociedad, el incipiente cinematógrafo y los restaurantes de lujo. El pueblo con hambre y con expectativas, alerta.

Pues fue la época de la profesora Conchita. Pero, ¿QUIÉN ERA CONCHITA JURADO, la maestra jubilada? Conchita había nacido en 1865, hija de Marina Martínez y don Juan Jurado. Si la profesión de actriz no hubiese sido tan mal vista por los honrados ciudadanos de la segunda mitad del siglo XIX, acaso la muchacha habría hecho carrera en los escenarios. Su habilidad para caracterizarse y para encarnar a personas completamente distintas a ella se manifestó muy pronto. Su madre no pudo reconocerla cuando se presentó ante ella como una indita; más grave fue la cosa cuando, disfrazada de muchacho, se presentó a pedir ¡su propia mano! El señor Jurado, furioso, corrió de su casa al jovenzuelo insolente. Si Conchita, entrada ya en la sexta década de su vida, pudo crear el personaje que la hizo inmortal, fue gracias a la amistad con un abogado, llamado Enrique Delhumeau, con quien empezó a urdir engaño tras engaño.

Y así nació en la misma persona de la muy imaginativa solterona: nada menos que don Carlos Balmori.

Cuidadosamente, la señorita Jurado había construido a su personaje: español, descendiente de la nobleza más antigua de su patria, Carlos Balmori tenía en su hoja de servicios tantas acciones valerosas en el campo de batalla, que se sentía con derecho a insultar y a llamar “gallinas”, como mínimo, a los oficiales del ejército mexicano —abundantes en aquellos años— que se habían ganado los grados en los movimientos revolucionarios. Esa costumbre explicaba que Balmori estuviera dispuesto a batirse en duelo con el primero que desatara su impaciencia. El desafiado, un poco amoscado por la ira del español —que compensaba con gritos e improperios su baja estatura— ya se veía tendido en el suelo, con una herida mortal de sable o con un tiro en la frente, cuando Balmori empezaba a despojarse del enorme sombrero, se despejaba del rostro el enorme mostacho y aparecía una señora mayor, con el pelo recogido, que, con dulzura, le pedía disculpas por la broma y le rogaba perdonase también a don Carlos, por mentiroso y malo. Invariablemente, a la ira sucedía el desconcierto; la víctima, poco a poco se daba cuenta de que un grupo de extraños hábitos, encabezado por doña Conchita, lo había embarcado en una ruleta rusa emocional. Lejos de optar por el reclamo y la denuncia, el afectado acababa sumándose a la pandilla de “balmoreadores” —los que balmorean— y con todo gusto, aplicaba sus esfuerzos a conseguir nuevas víctimas para la siguiente jugarreta.

En una de las balmoreadas estuvo a punto de casarse con una damita de la sociedad. Ante el juez, Conchita debió descubrir su feminidad y pedir perdón a todos. Aún así, la supuesta novia no podía creerlo y Conchita tuvo que

descubrir sus senos para que la chica terminara por aceptar su terrible decepción.

Así, embromó a generales y funcionarios, tiples y burgueses adinerados, presidentes y policías, cuyas bromas (balmoreadas) fueron tan atrevidas, que doña Conchita arriesgaba no sólo su libertad, sino su vida. Entre estas grandes personalidades de su tiempo, se encuentra nada menos que Obregón y Calles, víctimas de Balmori, el general Roberto Cruz, el inspector de policía que mandó fusilar al jesuita Miguel Pro, y el caricaturista Ernesto *el Chango* García Cabral; el secretario de Educación Puig Cassauranc, por citar algunos famosos engatusados.

Cuando murió Conchita Jurado en 1931, muy pocas personas la acompañaron al Panteón de Dolores. Pero al poco tiempo una espléndida tumba de azulejos donde se narraban las hazañas de Balmori y que ubicaron en el bellissimo Chapultepec viejo, se convirtió en el testimonio fundamental de aquel extraño personaje de los locos años veinte mexicanos. ¡Cuántas veces Luisito, mi papá, me llevó a esa fuente para leerme las aventuras increíbles en que se metió doña Conchita Jurado! (¿Qué habrá sido de esa fuente?).

Cada año los paseos de mis abuelos, mi tía y yo se repetían: Semana Santa en Puebla. Vacaciones de mayo a algún lugar —siempre distinto— de la República, por ejemplo, a veces a Monterrey, Durango, Zacatecas; o bien Tabasco, Chiapas, o Guadalajara, Querétaro, Guanajuato, etcétera. Era cuando le daban a mi Tialí chofer, automóvil viejito y gasolina. Durábamos de paseo los diez días completos. Luego venía el 15 y 16 de septiembre y lo pasábamos otra vez en Puebla, que era la única ciudad en que nos llevaban y traían los autobuses ADO. Y por última ocasión en el año, durante los descansos decembrinos de escuela y oficinas: ¡a Acapulco!, entonces íbamos toda la familia. Salíamos siempre de la Ciudad de México el 26 de diciembre, un día después de Navidad.

Una vez, en el mes de mayo —las vacaciones largas— “los grandes” decidieron que fuéramos a Tepic, Nayarit. De mi parte hubo muchos ruegos a mis tíos para que permitieran a Teté ir con nosotros. Por fin lo logré. Con ella los recorridos turísticos eran maravillosos para mí: chistoseábamos todo el tiempo y ya nos habíamos acostumbrado a que nos sacaran de

iglesias, museos y restaurantes, pero valía la pena: el caso era estar lo más feliz que pudiéramos.

Llegamos a Tepic un domingo en la mañana. El viaje había sido agotador. Además de que el auto que le dieron a Tialí se descomponía a cada rato, el calor era intolerable. Finalmente entramos en la capital de Nayarit. Señor, le dijo Mamanita al chofer, háganos favor de llevarnos a la catedral para oír misa. Cómo no, señora, respondió él. Claro, ¡era domingo! Teté y yo volvimos la cabeza a ver a Papábuelito que nos hizo una cara de resignación. Ni modo.

La catedral está ubicada frente a la plaza principal, en el centro de la ciudad. Por lo pronto, la fachada es de lo que ahora dicen neogótico, nos informó Papábuelito. Nos sentamos los cinco llenando una fila. Cuidado y dan lata porque ahora sí me voy a enojar de a de veras, nos dijo en voz baja Mamane. Mi prima y yo bajamos la cabeza en señal de obediencia. También por dentro la iglesia es muy bonita. El interior fue modificado durante el siglo XIX, sustituyendo el altar principal por una enorme cruz, nos susurró mi abuelo que todo sabía en los viajes. ¡Ernesto!, ahorita no hables, por favor, queremos oír la misa en paz; volvió a decir mi abuela en voz baja. Bueno, terminamos obedeciendo. La misa continuaba. Mientras mi tía y Mamanita rezaban muy devotas, Teté y yo, aburridas, medio dormitábamos. Delante, en la banca anterior, un niño como de tres años, no más, estaba paradito, poniendo su brazo en el respaldo de su banca y entreteniéndose en mirar a cada uno de nosotros, aunque nadie le hacíamos caso.

Eran los tiempos en que el sacerdote daba la espalda a los parroquianos y decía la misa en latín. Por cierto, resultaba admirable que este padre aún cumpliera con sus tareas siendo ya sumamente anciano. Apenas podía ir de un lado a otro del

altar. El niño ya volvía la mirada al sacerdote, ya la volvía hacia nosotros. Teté y yo cabeceábamos y mi abuelo admiraba los detalles arquitectónicos de la iglesia. Pero cuando el cura tuvo, según la liturgia, que pasar el gran libro que se lee en las misas al otro lado del altar, a la mitad del camino trastabilló y tiró el enorme libro al suelo, levantando una nube de polvo dentro de un espantoso estruendo. De inmediato los acólitos y otro señor fueron en su ayuda.

En ese instante, el niño que había visto todo, volviéndose hacia nosotros, y enchucando su boca, moviendo la cabecita y sonriendo despectivamente, dijo: PENDEJO. Nadie se hubiera esperado esta salida en un niño tan pequeño. Como una cascada desbordada, a mi prima y a mí se nos volcaron las carcajadas. Al niño lo sentaron y ya no pudimos saber qué hacía. Mamanita nos daba de pellizcos en los brazos aunque no pudiéramos contener la risa que nos ahogaba. Nosotras nos tapábamos la boca, imposibilitadas para acallarla; las lágrimas producidas por las carcajadas se resbalaban por la cara. Ya todos los demás concurrentes nos miraban desafiantes. Finalmente, cuando el padre pudo recomponerse, con su débil voz esforzándose para que se oyera fulminante, dijo que esos forasteros (nosotros) saliéramos de la Casa de Dios, con el estigma de estar, desde ese instante, excomulgados.

De prisa, terriblemente avergonzadas, mi tía y mi abuela nos sacaron a Teté y a mí a empujones, aunque ni así pudieron acallar nuestras risas.

El resto del día lloró mi abuela. Pero mi tía fue a hablar con el cura y, ya para la noche, todo había sido perdonado. Teté y yo dormimos como angelitos.

Duermo mal. No me molesta tanto el insomnio, sino el no dormir por causa de los dolores de las piernas, de todos los huesos. Resulta desesperante estarme moviendo con mucho cuidado a ver si encuentro una posición donde el dolor me deje en paz. Generalmente termino sentada en la cama, con los pies en el suelo, sobándome las partes donde más me duele. Cuando ya cabeceo de sueño vuelvo a acostarme y es entonces cuando a veces tengo la suerte de dormirme. Amanezco triste, pero Salustio en la boca me trae la pelota para jugar, Víctor mi hijo me da besos y Paty me lleva un rico desayuno. Entonces digo que la vida es buena. Y más buena cuando me pongo a escribirles a ustedes. Y justamente por ello les he informado de mis dolores, para que calibren lo que me ayudan al leer mis historias y decirme, con palabras que en muchas ocasiones me hacen llorar de agradecimiento, lo que los entretiene, lo que los hace estar contentos, aunque sea en el momentito de la lectura. ¡Esa es mi mejor medicina! ¡Esa es mi justificación de seguir viva a esta avanzada edad! ¡Gracias, gracias, gracias!

Y me falta confesarles que después de cerrar el Facebook, me pongo a ver-escuchar mis conciertos de música clásica en YouTube que tanto me tranquilizan. Entonces vuelven los recuerdos a sentarse junto a mí con una sonrisa tranquilizadora y me cuentan las historias sencillas donde bebí la miel de la vida; historias verdaderas que escribiré para ustedes el día siguiente.

Y bien, ahora ¿qué les cuento? Pues que ya en Balderas a veces me disfracé de enanito, con blancas barbas naturales; disfraz que se me exigió en la escuela para salir en su fiesta anual, y que, tiempo después, continué utilizando para divertir a mis amiguitos de la privada. Una tarde me volví a vestir de enanito. Teté, con un crayón negro, escribía algo en una hoja enorme de papel, de las que utilizaba Tialí para su clase de encuadernación. Curiosa, fui a ver qué estaba apuntando, me sorprendí grandemente al leer: “SI USTED VA A CONSULTAR AL DOCTOR CAREAGA, NO LO HAGA. ES UN BRUJO QUE CONVIERTE A SUS PACIENTES EN BORREGOS”. Pero... ¿por qué haces esto?, le pregunté. Es que vi en una película que así se anunciaba la gente para vender lo que querían vender. ¿Y tú quieres vender a Papábelito? ¡N’hombre! ¡Claro que no! Pero es que no tengo nada que me compren y de repente se me ocurrió esto, como en una película de miedo... Y me convenció. Juntas cargamos con la gran hoja de papel —que bien cubría al enano y tapaba completa a mi prima— y sin que nos viera Mamane, salimos a la calle. Empezamos a caminar hasta llegar a la esquina para

regresarnos hasta la entrada de la privada, y volver a la misma esquina y así sin parar.

Las personas se nos quedaban viendo. Casi todas se reían y seguían su camino. Pero hubo algunas que se detuvieron sorprendidas para preguntarnos: ¿quién es el Doctor Careaga?... ¿Lo escribieron porque hay alguien que las maltrata?... ¿Quieren denunciar a gente “mala”?... Y un niño como de siete años dijo a su mamá quien lo acompañaba: Llévame, yo quiero ser borrego. Llévame con ese brujo, mami... O ¿Por qué estás disfrazado de enanito de Blanca Nieves? Y yo les respondía, lo más seriamente que podía, que yo no estaba disfrazado, que yo era de verdad y que me habían dado permiso de bajar de la película. Entonces los preguntones sonreían y se iban contentos.

Así anduvimos un buen tiempo hasta que de pronto nos quedamos inmóviles: frente a nosotros, con caras de diablos, estaban mi tía Tere y mi tío Agustín, que venían por Teté. Excuso decirles que se me cayeron las barbas del susto. Teté soltó la gran hoja de papel y corrió... apenas unos cuantos metros, porque mi tío la alcanzó y ahí mismo le dio una nalgada. Nos metieron a la casa agarradas de las orejas. Mamane movió la cabeza cuando leyó la pancarta. ¡Juntas son la piel de Judas!, dijo, y de un brazo me llevó a mi habitación donde cerró la puerta. Luego oí que los “morenazos” se iban. Mi Tialí me llevó de merendar, y hasta me dio un buen pedazo de pastel que había comprado para la cena.

La Tialí... simplemente, así era ella.

Se puede decir que la vida continuaba en un sostenido allegro *ma non troppo*; es decir, dentro de un ritmo para nada triste, pero tampoco eufórico.

De lo que me acuerdo con mucho cariño es de la tina de aquel cuarto de baño, bañerita antigua donde mi mamá Lichita me bañaba los miércoles y los sábados en tanto me contaba alguna historia entretenida. Yo empecé a bañarme sola hasta después de los ocho años. En esa edad llena de novedades, me iba sintiendo ya una niña grande que atendía sola su limpieza personal y, además, iniciaba unas entusiastas clases de piano; y si los grandes no se preocupaban mucho de mis estudios en el colegio, en cuestión de la música siempre fueron muy cuidadosos. Al principio debía practicar el piano una hora diaria. Tialí se sentaba en un banquito junto a mí y vigilaba la correcta posición de mis dedos. Cuando las lecciones fueron más y más complicadas y yo aprendía a leer las partituras, el estudio del piano también fue mayor; dos horas, tres horas diarias por las tardes en que no tenía colegio. Y empezaron los recitales. Como éstos se realizaban a fin de año en plenas vacaciones

escolares, yo estudiaba prácticamente todo el día. Después de desayunar me sentaba al piano aprendiéndome de memoria el programa que iría a tocar ante el público. Me levantaba sólo para comer, y volvía al piano para continuar ejercitándome hasta la llegada de la merienda. Y así día con día. Como Teté también era discípula de Carmelita Lechuga, nuestra profesora de Música, ya no había posibilidades de estar juntas. Ella en su casita de la colonia Industrial y yo en Balderas. Más tarde también Lichita, la hija de mi tío Tito (hermano de mi papá) y de mi tía Julia (hermana de mi mamá), empezó con el piano. Ella es menor que yo, creo que cuatro años.

Asimismo, íbamos los domingos —ya lo he contado— a las matinés de la Sinfónica Nacional. Así, mi vida se volvió como una “Fantasía Improntu”, musicalmente hablando.

Iba a cumplir los nueve años de edad, cuando mi papá se despidió una vez más para volver a sus viajes, después de una estancia en México, dejando olvidado un libro gordo sobre el piano. Ese día, al irme a acostar, lo tomé por ociosidad y empecé a leerlo. Seguí mi lectura después de acostarme, sentada en mi cama frente a mi amigo el árbol. Las letras eran palabras que me trasladaban a otro mundo en donde también había personas que hablaban y pensaban como nosotros, pero con diferentes problemas. Eran iguales pero distintas. No entendía mucho, sin embargo me sentí seducida por esa experiencia. Antes había leído poco: las tiras cómicas de los periódicos domingueros, los libros de la escuela... Sin embargo, ésta era la primera vez que la palabra se volvía especial porque me llevaba, me separaba, me conducía, como lo hacía Luisito hablándome de las islas de los mares del sur, por otros universos a los que, gracias

a ella, podía yo acceder. Seguí leyendo en tanto mi Tialí me ponía la pijama. Mamane fue a darme la bendición y mi beso de buenas noches. Apenas se fueron seguí leyendo después de que pusieron el libro cerrado en mi buró y apagaron la luz. Y es que entonces me levanté en el amodorrado silencio de la casa soñolienta, tomé mi lamparita eléctrica, regalo de Luisito mi papá, volví a coger el libro y me metí en las sábanas de mi cama. Así seguí leyendo con esa pequeña luz que me iba señalando las frases por donde yo caminaba en la noche. Había muchos baches; no entendía bien. Por eso me saltaba las páginas. Volvía a leer el principio. Volaba hasta el final. ¡Era increíble! La gente de la historia se movía como nosotros, pero eran desconocidos, aunque se comunicaran igual. Parece que sufrían. También se abrazaban. Uno de ellos, al parecer el principal, tenía remordimientos —y pensé en los míos—; tenía una hermana. ¿Qué más? ¿Qué más? Pero ese día ya no pude saberlo porque me quitaron las cobijas y aparecí con mi lamparita recorriendo los renglones de un gordo libro. Fue el primer milagro que obtuve de la lectura: ¡ya era de día y debía irme a la escuela!

Y ese fue el inicio a una nueva Delfina. De ahí en adelante yo viví, respiré, existí gracias a los libros. Busqué en la biblioteca de Papábuelito, leí aquellos que estaban en español, todos clásicos: las tragedias griegas, Virgilio, Dante, La *Iliada*... Me volví una compulsiva lectora quien, incluso, leía caminando por la calle. Es verdad que no entendía todo, pero eso pasaba a segundo lugar; lo importante era el vuelo, el viaje, la transformación... ¡Eso me importaba más que la concreta comprensión de lo leído! Cada vez que mi papá venía a México, me traía un libro que él acababa de

leer y, con los años, el que yo le pedía. Nunca leí la literatura adecuada a mi edad.

 Mi interior se volvió callado, cauto, para poder escuchar la voz de la palabra escrita que me narraba la historia de la humanidad.

 Ese primer tomo “espiado” a los ocho años se llamaba *Crimen y castigo*.

Caray, quién lo diría, ahora y en estas condiciones físicas, sociales y climáticas, he estado escuchando más música que en mis años mozos, entonces los domingos y sólo en época de sinfónicas. Y es simple, no tengo que caminar, ni Víctor cargar mi silla de ruedas para subirla y bajarla del auto. Simplemente me siento en el viejo reposit que tengo junto a mi cama, me tapo bien las piernas y con los controles en las manos, en un periquete ya estoy en la sala de conciertos de magníficos teatros europeos. Con una ovación cerrada, los músicos se levantan al entrar el solista seguido del director de orquesta; y el solista puede ser nada más ni nada menos que los geniales pianistas Martha Argerich, Horowitz, Rubinstein, Claudio Arrau, o muchos muchos más, incluso ya finados. Y volver a escuchar —interpretados por estos genios musicales— a Mozart, a Shumann, a Lizst, a Chopin en todo su esplendor, tocado por el ruso Vladimir Horowitz; también los conciertos de Tchaikovski por Rubinstein y Stravinski con su *Consagración de la Primavera*, y a los impresionistas Ravel y Debussy, y al padre de los barrocos (yo diría que de toda la

música), Juan Sebastián Bach... En fin, perdonen, compañeros, mi entusiasmo, y es que no tengo con quién hablar sobre este tema que tanto me gusta. A Víctor sólo le interesan ahora las noticias y Paty no está acostumbrada a esta música.

Desde niña, junto con mi inseparable prima, nos llevaba mi Tialí a los conciertos. No sé por qué, todas las mañanas de esos domingos eran radiantes. Siempre que cruzamos la Alameda brillante de sol para ir al Palacio de Bellas Artes, ni una sola vez nos llovió. Nosotros no podíamos pagar lo que costaban los asientos de luneta ni de palco, ni siquiera los de primer piso; así que comprábamos en “segundos”, pero Teté y yo teníamos un plan “austriaco” (que ya no “checo-slovaco” después del fracaso que sufrimos con él anteriormente) el cual consistía en fijarnos en los asientos vacíos de luneta, los que, a través de la primera parte del concierto, no los ocupaba nadie. Entonces, en el entreacto del espectáculo, al reunirse la gente en el hall para saludarse y comentar lo que habíamos escuchado, mi prima y yo platicábamos un ratito y, antes de que dieran la tercera llamada, en vez de volver a subir a segundos, nos deslizábamos a luneta y nos sentábamos en las butacas antes desiertas. Mi tía ya sabía de esta estrategia y, si no regresábamos con ella, con la vista nos buscaba abajo hasta descubrirnos y sentirse tranquila. Ella nunca iba a platicar en el entreacto. De tal manera que la mitad del espectáculo Teté y yo la mirábamos bien cerca del escenario.

Y así fuimos creciendo. Para entonces ya nos acompañaba Lichita, mi otra prima. También mi Tialí compraba abono para la Ópera Nacional. Cómo llorábamos con *La Traviata* y con *Tosca* cuando matan a Mario Cavaradossi (perdón por no saber escribir los nombres), y con *Madame Butterfly* cuando

se hace el hara-kiri. También escuchamos a Mozart en la ópera alemana, y la única ópera rusa que conozco: el *Boris Godunov* de Mussorgski. (¡Ah, no es cierto!, también he visto otra rusa, la ópera de Stravinsky, *El ruiseñor*). Siempre temblaba con la sinfonía de *Cuadros de una exposición* con la orquestación magnífica de Ravel. Es sólo una pieza para piano del mismo Mussorgski, pero Maurice Ravel la orquestó y la transformó en una gran obra.

Mi tía Julia, mamá de Lichita, era una gran tejedora de agujas y para la ópera le hizo a Licha dos que tres vestidos largos tejidos a mano. Lichita fue la más bonita de las cinco primas. No sé cómo estará ahora. Vivió cinco años en París y ahora lleva como diez viviendo en Sevilla... Ya no la volví a ver y los ojos se me arrasan de lágrimas. Alfredo, su hermano, le llevaba diez años y Licha fue la penúltima de las nietas de mis abuelos. La más chiquita era Carmela, quien murió hace poco. También su hermana Susana falleció, me parece, el año pasado. Sólo quedamos Lichita, Teté y yo, pero ninguna de las tres estamos juntas.

Los señores que recogían los boletos en la entrada ya nos conocían. Nos pusieron de mote “las niñas Bellas Artes”. Licha se consiguió un noviecillo en los entreactos. Teté y yo discutíamos sobre la música. Para mí fue la antesala de lo que me esperaba: el verdadero infierno en mi vida (pero de esa etapa no les contaré absolutamente nada: es demasiado terrible). Quizás por ello hoy recuerdo a esas niñas bellas artes con tanta nostalgia al ir, todas las tardes, a mi muy particular sala de conciertos.

Pues sí, *compañeros*, en mi infancia no me faltó diversión los domingos, auténticamente “festivos” para la familia Careaga. Primero fue el Teatro Hidalgo, la zarzuela, la opereta... Luego el Teatro Lírico, la revista mexicana, el sketch picaresco... Y la buena música en Bellas Artes. Sin embargo, todavía me falta platicarles sobre otro entretenimiento que, como todo en esa etapa, fue muy importante para mí: el Cine Roxy.

Ya les había contado que mi tío Tito, mi tía Julia y sus dos hijos, Alfredo y Lichita, se fueron a la colonia San Pedro de los Pinos a ocupar una casa que compró Tialí con el dinero que le dieron por la venta de Covarrubias y que con todo cariño se las prestaba a ellos. Una de tantas preguntas sin respuesta que me roía los sesos era el porqué todas las tardes —como una promesa sagrada— mi tía Julia y mi prima Licha llegaban a visitarnos a la casa de la privada. Todas las tardes, así lloviera, granizara, hubiera huracanes o peligrosas pandemias, nunca faltaban. Ni una sola vez dejaron de ir en la tarde. Y ya anocheciendo, cuando mi tío Tito salía de su trabajo, iba por ellas para regresar juntos a su casita de San

Pedro. Alfredo casi nunca iba; prefería quedarse con sus amigos. Por otro lado, cuando mi papá llegaba a México de sus viajes, no se quedaba conmigo, en Balderas, ya que ahí no había sitio para él; pero sí con su hermano Tito y familia. Por supuesto que en su estadía en la ciudad iba a verme diariamente a la privada.

Pues una nocecita, al llegar a su casa, mis tíos y Lichita sintieron que se desmayaban del susto: la reja estaba abierta de par en par, así como la puerta de entrada al interior de la casa. Adentro, vieron aterrorizados que muebles y objetos se hallaban en desorden para comprobar, finalmente, que les habían robado todo lo que tenían, dejándolos con lo puesto. Se siente horrible, nos decía mi tía Julia, es una sensación de miedo y de asombro tremenda.

A partir de ese mal día, ya no quisieron seguir habitando la casa y se la devolvieron a Tialí quien, después de darle una “manita de gato”, la rentó a unas buenas personas. Y la familia de mi tío Tito alquiló un departamento modesto en la calle de Puente de Alvarado, avenida que después se convertiría en San Cosme. Todos los demás íbamos allí a comer con ellos los sábados o los domingos. Sin saberlo, ese departamento, precisamente en ese rumbo, iba a provocar una consecuencia definitiva en mi vida.

A unas cuantas cuadras, donde empieza la colonia Santa María la Ribera, ya en la avenida San Cosme, estaba el cine Roxy. Un cine para la gente del rumbo, es decir, de clase media. Sus butacas eran de madera y a veces —sólo a veces— en medio de la función sentíamos que una rata corría entre nuestros zapatos. Pero eso lo pasábamos por alto. Discretamente se podía fumar durante la función. No

sé hasta ahora cómo no nos enfermábamos del estómago: muéganos, papas fritas, pastelitos de chocolate y mucho refresco no parábamos de pedirle al señor con un delantal y un gorrito blanco en la cabeza, quien vendía todo eso y más en una especie de cajón de madera que colgaba de su hombro. Un personaje infaltable era “el cácaro”, quien dirigía la buena proyección de la cinta desde arriba de la sala. ¡Ya, cácaro, deja la botella!, se escuchaba con frecuencia.

Dada la cercanía del cine con el departamento de mis tíos donde íbamos a comer los domingos, nos volvimos cinéfilos del Roxy. Y cada domingo, siendo de los primeros en entrar, toda la familia ocupábamos casi una fila entera de asientos. Teté y yo cuchicheábamos con expectación cómo iban transformándose, fisiológica y físicamente, nuestros cuerpos. Ahí se encontraban los vecinos que se saludaban a gritos, los niños jugaban a la roña en los pasillos antes de que oscurecieran la sala, las señoras platicaban sin hacer caso a los anuncios comerciales que ponían en la pantalla aguardando a que dieran las cuatro de la tarde para empezar a poner las películas. Mi tía Julia tejía sin necesidad de ver su tejido, incluso después de que se apagaran las luces y daba inicio la primera de las tres cintas que exhibían por el mismo precio. En ese año de 1949 los grandes se sentían contentos: la Segunda Guerra Mundial había terminado hacía cuatro años. Los niños mexicanos estábamos ajenos a la palabra “guerra”.

Yo tenía doce bien cumplidos y me sentía asombrada de los cambios de mi rostro, de mis aspiraciones, de este segundo nacimiento en mí misma en que, como el primero, mi voluntad no contaba para nada. Una especie de calorcito

interior muy agradable me obligaba a enamorarme cada semana de algún muchacho de la palomilla que entraba al cine gritando “¡ya llegamos!”, o del protagonista de las películas. Antes de salir de mi casa, pasaba horas inventando peinados. Ya deja de mirarte; vas a romper el espejo, me suplicaba Mamanita. En ese momento yo atravesaba intelectualmente la fructífera pero pesada lectura de los grandes pensadores alemanes, lo que se llevaba poco con mis innovadoras aspiraciones de vida.

El cine Roxy fue muy importante para mí. En él vi películas de Gene Kelly como *Leven anclas*, *Las minas del Rey Salomón*, *La calle del Delfín Verde*, *Siete hermanos para siete hermanas*, etc. Me acuerdo.

Mientras, mi primo Alfredo hacía amistad con un jovencito español que vivía en la calle transversal de Puente de Alvarado, justo con quien yo me casaría por la iglesia en 1953. Pero ésa, ya es otra película.

Y aquí termina este librito cuya redacción me hizo nacer en mí misma por segunda vez, sin intervenir mi voluntad como fue en la primera ocasión. Volví a vivir mis mejores fantasías. Ojalá el lector, quien también perdió su paraíso, sienta que de él aún su corazón atesora un fragmento, por lo que puede abrazarlo y renacer otra vez con aquella blanca, arcana inocencia, al menos en tanto perviva la ilusión de la lectura. En tanto nos dura esta esfera de cristal donde se encierra nuestra existencia y que luego, un día cualquiera, siempre rodando, desaparece en la infinitud de la oscuridad.

Casi lo nombro

Gracias, pues, a quien lo lea porque, su propia satisfacción, su agrado, milagrosamente repercutirá en todos, conduciéndonos hacia aquella vida feliz.

F I N

Delfina Careaga, escritora mexicana. En 1974 recibió la mención honorífica en el Concurso Continental de Cuento, promovido por el Instituto Nacional de Bellas Artes y la Casa de Cultura de Puebla, por el cuento “Nada importante”, y en 1975, con la obra *Oscuro fondo del túnel*. En 1978 recibió el Premio Nacional de Cine (con la coautoría de la dramaturga Sabina Berman) por el guion *La Tía Alejandra*, otorgado por la Sociedad General de Escritores de México. En 1979 obtuvo la mención honorífica por el guion para cine *No me olvides en el viento: mariposas*, otorgado por la SOGEM. En 1980 recibió el Ariel de plata otorgado por la Secretaría de Radio, Televisión y Cine, al mejor argumento del año: *La Tía Alejandra*, película de largometraje dirigida por Arturo Ripstein y producida por Conacine I. En 2000 recibió la Presea de Oro “Estado de México” 1999, “Sor Juana Inés de la Cruz”, en el área de Artes y Letras. Obras puestas en escena en Toluca: *Una tal Raimunda*, *El Cielo*, *Cuando hayamos crecido*, *La Red* (coautor Esvón Gamaliel), *La verdadera historia del hombre iguana* (coautor Esvón Gamaliel), *BU, un perrito encantador*, *Morelos* (inédita), y *Antonieta Rivas Mercado* (inédita). Sus libros publicados son: *Una muñeca vestida de azul*, *Alquimia*, *Cosas del tiempo y otros fantasmas*, *El Cielo*, *Sor Juana Inés de la Cruz* (novela juvenil), *Nezahualcóyotl. La vida del rey poeta*, *El infausto eclipse de las hadas*, *Las victorias inadvertidas*, *Las profundidades vacías* (dos obras de teatro: “Una tal Raimunda” y “El Cielo”), *La representación bastarda: trilogía dramática* (tres obras de teatro en coautoría con Esvón Gamaliel: “La Red”, “La verdadera historia del hombre iguana”, y “El espacio blanco de Midicha”), “En otras palabras” en la antología *Una ciudad tan bella*, *Memoria no es olvido*, *Historias de vida de 50 personas de la tercera edad para el municipio de Toluca*, *Como al principio el final, son cuentos de nunca acabar* y *La ficción entrometida*, entre otras obras.

CASI LO NOMBRE

Este segundo libro de mis relatos lo escribí sin proponérmelo, sin programarlo; me había hecho a la idea de narrar un cuento diario en Facebook, pero inesperadamente empecé a contar sucesos de mi infancia que parece gustaron a los lectores. Y así, con una aventura diaria terminé por formar este librito que intitulé *Casi lo nombro*, refiriéndome a lo insuficiente que me resulta la palabra incluso para expresar una evocación falsaria. Porque el recuerdo que recuerdo ya no es lo que en aquel momento experimenté. Y ni siquiera así, con la verdad a medias, me alcanzan los términos adecuados para describir y expresar lo que realmente deseo, eso intangible, justamente aquello que movió la esfera de mi corazón. Por ello quiero ser sincera, y advertir que ésta no es más que la cariñosa invitación para estar juntos —ustedes y yo— esperando conseguir algunas sonrisas que les endulcen la lectura.

SDC

